

Doble y orgullosamente Carabalí

Julio César Uribe Hermocillo

ÍNDICE

1 En la noche negra de arena caliente.	12 Saturio.
2 Cimarronaje.	13 El día en que el sol se murió en los ojos de Martín Carabalí Carabalí.
3 Cielo de tambores.	14 El día en que la luna nació en los ojos de Trismila Ocoró.
4 Juan de Dios.	15 El último vestido de Estefanía Caicedo.
5 Sinecio.	16 Uno.
6 Tréfilo.	
7 Ernesto.	17 Asusta tu memoria, Estefanía.
8 Aníbal.	18 Siento miedo frente a tu recuerdo, negro endemoniado.
9 Inocencio.	19 La solitaria muerte de Trismila Ocoró y sus ojos inundados de amor.
10 Martín.	
11 Hermencio.	20 El olvido de Martín Carabalí

1

En la noche negra de arena caliente.

Los ojos de Martín Carabalí frenaron en seco antes de chocarse con la mirada retrechera de Estefanía Caicedo, en esa noche en la que los invadió tanto amor como luna iluminaba aquel río seco en cuya playa se habían dormido ya las canoas que trajeron a la gente para el velorio.

Estefanía Caicedo puso sus ojos por el suelo, para resistir en silencio la mirada que la embestía y le provocaba fogajes que ya había sentido sola, a veces a la hora de bañarse en el río por la mañana; pero que nunca se le hubiera ocurrido que se los podrían despertar el par de ojos negros de ese negro del demonio a quien tanto recelo le tenía, pero al que tantas ganas y tanto miedo sentía de mirar fijo, desde que él había llegado al pueblo contando historias de ríos lejanos donde también el oro apasionaba a los negros y les hacía soñar con futuros que se diluían en borracheras de tres días cada fin de semana.

Martín Carabalí extendió su brazo hasta el infinito cercano de la orilla, para escenificar la corriente del río de donde él venía y en el cual, según estaba contando a su curioso y siempre animado auditorio, mientras vigilaba - con los restos de mirada que le quedaban de su drama narrado- el cuerpo en movimiento de Estefanía Caicedo, los pescados se habían muerto ahogados por el cascajo y el ruido de las dragas de los gringos, que sacaron tanta riqueza de adentro de ese río que él, lo aseguraba con todo su ser enfatizando, creía que hubieran llegado al centro de la tierra si no se hubieran marchado cuando se les empezó a desgastar la maquinaria enmohecida.

Pensó, mientras adobaba con sus propias opiniones la historia que estaba contando en el intermedio entre dos rosarios, que si ella le paraba bolas algún día, él le contaría a ella más historias que las que ya había contado al resto de la gente de ese pueblo, donde -según decían- sus historias fascinaban porque hablaban de otros lugares, ponían a la gente en contacto con el mundo y, además, porque en ese pueblo nunca pasaba nada de importancia, excepción hecha de la vida y la muerte cotidianas.

Los músculos de los brazos de Martín Carabalí se ensancharon de orgullo y timidez al sentirse acariciados por los ojos de la negra Estefanía, cuya boca entreabierta presagiaba una pasión secreta.

- Yo con ese negro tendría tantos hijos como años me durara la vida -pensó sorprendida Estefanía Caicedo, mientras fingía atención, con sus manos puestas sobre los hombros de la mujer que estaba a su lado, incómoda por la presión inusitada de los dedos de Estefanía sobre su carne cubierta por el luto de su primo Sofonías.

Lentamente, estremecedoramente, asfixiantemente, inexplicable y deliciosamente para ella, los senos de Estefanía Caicedo se fueron irguiendo debajo de su blusa blanca, presionando los pliegues del sostén, al sentirse acariciados por los ojos del negro Martín Carabalí, quien se había callado para extasiarse en la locura ensoñadora de una caricia largamente deseada, mientras sus admirados oyentes celebraban y comentaban el final de la historia que él acababa de contarles.

En noche tan fresca no entendía Estefanía cómo podía sentir en su cuerpo tanta calentura junta, que le subía y le bajaba como un solo de clarinete en las noches de baile y alegría.

- Estas no son cosas para sentir en un velorio -se arrepintió por dentro, mientras luchaba por quitarse de la mente la imagen brillante de la espalda de Martín Carabalí, que había contemplado en la mañana mientras lavaba los trastos de su casa en la orilla del río.

Martín Carabalí se imaginó la sonrisa de la negra Estefanía cuando él le contara que era doblemente Carabalí, por parte de su papá Carabalí y Carabalí por parte de madre: Martín Carabalí Carabalí, el negro pacífico y viajero que acababa de jurarse a sí mismo que aquí se detenía su carrera por el mundo si la esbeltez rítmica de Estefanía Caicedo le permitía dejarse atrapar para enseñarle la vida y aprender juntos el amor para siempre.

Estefanía Caicedo interrumpió en su boca la sonrisa que le produjo el casi encontrarse con los ojos del negro Martín Carabalí Carabalí, que desde sus senos despiertos habían trepado hasta su boca, volviéndosela agua pura, atravesándole la mirada supuestamente distraída para llegar hasta su frente y clavarle en la cabeza un pensamiento de amor. La enterneció la idea de apagar una lámpara a la media noche y prender sus sensaciones al cobijo de un toldillo grande y claro como el cielo estrellado que iluminaba el patio de la casa del velorio, donde Estefanía Caicedo sintió ganas de pararse y subir la escalera y sentarse en medio de la sala, junto al muerto,

y echarse un rosario bien rezado por el alma del difunto, de esos que le había enseñado su tío Gumercindo, segura como estaba de que esos ojos negros de negro la seguirían paso a paso y le recorrerían la espalda y las caderas durante todo el tiempo que durara el rezo.

El opaco brillo de las bandejas cubiertas de pocillos de café, aguardiente y galletas, le sacó los ojos a Martín de las piernas de la negra Estefanía, que se acomodaban, listas para el regreso, en el barrote de esa silla campesina, auténtica silla *mariapalito*, de madera basta clavada en listones que se triangulaban en las puntas. Automáticamente cogió la copa de aguardiente, se la zampó sin preámbulos y sintió que el anisado le calmaba una extraña sed que lo tenía temblando por dentro, mientras sus ojos alcanzaban el último retazo de la falda de Estefanía, que estaba de vuelta a su banca y a las miradas de él.

Le provocó contar algo para llamar su atención. Historias le sobraban, desde ese amanecer en el que se embarcó para un viaje que su madre había maldecido, pero para el cual le había dado una llorosa bendición con sus manos ancestrales repletas de recuerdos y huellas de bateas milenarias, almocafres gastados y fugaces castellanos de oro. Pero no lo hizo: cómo contarle a todos algo que tenía reservado para ella como primera oyente. Cómo traicionar ese regalo que con tanto celo había guardado en su memoria para entregárselo, palabra por palabra, a la mujer que le hiciera dar ganas verdaderas de tener un hijo de amor...

Hora tras hora, la noche se fue confundiendo con el día, el cual no hubiera necesitado al sol para anunciarse, pues la luna lo hubiera reemplazado con luminosas creces.

Los atrevidos ojos de Martín Carabalí reconocieron palmo a palmo el territorio del amor en el cuerpo tembloroso de Estefanía Caicedo, a excepción de sus ojos de negra esquiva, que sortearon todas las trampas que la mirada de Martín les puso. Estefanía Caicedo sintió que las piernas le fallaban, y se agradeció a sí misma el hecho de estar sentada, cuando la mirada de Martín vino y se le paró a todo el frente y viajó nuevamente por sus brazos veinteañeros, le removió con dulzura los senos hasta dejárselos perplejos y encantados, le rozó sin descanso, una y otra vez, los muslos firmes, le besó las canillas y las rodillas, le apartó las piernas, transpuso el umbral de su falda y penetró con delirio en sus entrañas ávidas, devorándosele las defensas, venciendo con ternura su inocente resistencia y obligándola a mirarlo de frente, fijamente, por primera vez en la vida y en la noche, cuando ya los gallos cantaban y la gente empezaba a irse para dormir un poco y alistarse para el entierro.

Los cuatro ojos se unieron con un bejuco invisible de amor eterno. Se contemplaron un instante largo. Se dijeron cuanto tenían para decirse, con esa fluidez elemental y tormentosa de las confesiones del alma enamorada; se invitaron a acercarse; se aceptaron mutuamente la invitación... Cuando Estefanía Caicedo se dio cuenta, ya Martín Carabalí Carabalí le estaba arrancando una sonrisa, sentado a su lado, diciéndole que él era doble y orgullosamente Carabalí, que él había sido machetero en el norte del Cauca, al lado de don Sinecio

Mina, que con sus machetes y sus ganas de libertad ellos dos -y cientos de negros más- le habían arrancado la tierra robada a los Arboleda y se habían jurado no volver a ser esclavos de nadie nunca más.

Martín Carabalí Carabalí, espoleado por la sonrisa inefable de Estefanía Caicedo, puso entre sus manos sudorosas una mano de la negra temblorosa y feliz, le clavó los ojos hasta el fondo de la conciencia, en el centro del corazón que latía con prisa y sin pausa alguna. Ella se le metió con los ojos por todos los recovecos interiores, le agradeció con las caricias de la mirada el regalo de su historia y le hizo prometerle con la vista que enseguida se la llevaría para su casa a recorrerle, con su cuerpo todo de negro encabildado, todo su cuerpo de negra enamorada, de la misma manera que lo había hecho con sus ojos toda la noche, sin tregua, para que así escribieran juntos en sus pieles y en sus memorias el primer capítulo de una historia que iba a durar toda la vida y que produciría tantos hijos como años les diera la vida, para poblar este Atrato de Carabalés que juraran cada vez para siempre no volver a ser esclavos de nadie nunca más.

2

Cimarronaje.

Con el alma tibia de emoción caliente entre las manos frías del sudor, Martín Carabalí Carabalí, doble y orgullosamente Carabalí, y Estefanía Caicedo, la reina del bullerengue, se han entregado esta noche a la tarea hermosamente violenta de construir un palenque de amor.

Se rumora que están profusamente armados. Se rumora que con ternura. Se rumora. Lo único que se sabe es que con el alma tibia de emoción caliente entre las manos frías del sudor, Martín Carabalí Carabalí, doble y orgullosamente Carabalí, y Estefanía Caicedo, la reina del bullerengue, se han entregado esta noche a la tarea hermosamente violenta de construir un palenque de amor, y que es una noche de marzo, y que la luna ha estado presente y no ha querido marcharse ni siquiera al amanecer.

3

Cielo de tambores.

*"Cielo de tambores, cielo de tambores
cielo, cielo que mi raza llena de colores".*

(Jairo Varela, Grupo Niche).

Con la rítmica magia de sus piernas y su cuerpo todo, Martín Carabalí Carabalí remontó las estrellas en la noche ribereña y gris de luna casi llena.

El bombo agitaba conjuros ancestrales con el recio golpe del mazo sobre su cuero. El requinto era una incitación a la guerra de las sensaciones, danza pura en la nitidez de sus redobles largos. El viejo bombardino acariciaba con agudos arpegios la boca del músico viejo, que resoplaba feliz, en su trance aguardentero, la mágica pasión de un pasillo negro e infinito. El negro, prolongado y accidentado cuerpo del trajinado clarinete daba cuenta musical de las sensaciones más profundas del trance de ese negro de labio salido y rojo que se extasiaba en improvisaciones programadas, agujoneándole con sus locuras musicales el alma bailarina a Martín Carabalí; mientras los platillos marcaban la doble y metálica explosión de su júbilo oxidado y roto en los oídos de todo el baile de fiesteros.

La luna bailaba, juguetona, con las grises nubes del verano crudo de agosto. Las estrellas parpadeaban rítmicos y lejanos adioses, pícaras y luminosas convocatorias al paroxismo del negro Martín Carabalí, quien a su vez convertía su propio frenesí en invitación perpetua a los fiesteros para que se murieran de alegría en esa noche de locura.

La negra mujer bella de Martín Carabalí apuró el aguardiente que en la botella le ofrecían, sin parar de bailar con su marido, con el brazo izquierdo rodeándole los hombros que tantas noches la habían aprisionado con ternura contra el suelo del petate antiguo donde cada año habían engendrado un hijo. Martín Carabalí Carabalí, ombligado con ausencia y yerbas de monte, la conducía suave por el centro del salón, brillante su cuerpo y ceñida su camisa por la alegría que sudaba su humanidad toda, que se agitaba dócil al conjuro de la chirimía.

- Esta noche no paramos -le susurró en el oído a su mujer, acariciándola de paso con sus labios.

La mujer se estremeció hasta los tuétanos, se apretó más contra su hombre y les gritó a los músicos:

- No paren de tocar, que esta noche apenas está naciendo. Pégueme duro a ese bombo, compadre, para que me golpee el sentimiento.

- ¡Porque lo *bailao* es lo único que no pueden quitarnos! - gritó el doble Carabalí, Martín, el negro sorbe-vientos, revienta-cadenas, quiebra-huesos, el del giro inesperado en el baile, el de la garganta prodigiosa para la bulla y el aguardiente, el que en una noche de fiesta había matado todas las amarguras y se había hecho feliz para siempre, el que había leído en las estrellas de esta noche de río y chirimía una invitación a ocupar el cielo con su danza.

- Póngame a chillar el clarinete en la cintura, compadrito
-volvió a gritar con su enérgico alboroto la hembra de
encendido cuerpo.

Los instrumentos volvían a nacer con cada grito. Los
platillos al chocar juntaban las ganas estridentes de los
dos cuerpos bailarines. La gravedad opaca del
bombardino hacía eco de las transfiguradas piernas
veloces de los negros. Y el requinto repetía incessante los
murmillos acezantes de la vida. En la madrugada del
baile de fiesteros, la patronal alegría de ese pueblo
santero espantó la primera lluvia del invierno y se plantó
con su luz en medio de la sala. Las velas se opacaron, la
felicidad se prendió del todo, los cuerpos flotaron en el
aire denso de tabacos, cigarrillos, aguardiente y chirimía.

Martín Carabalí Carabalí, bichero virtuoso y
experimentado, se bebió de un trago la mitad de la botella
de ese aguardiente de caña que su mujer le había hecho
con sus propias manos. Aferrados uno al otro, girando sin
parar, recorriendo el salón de punta a punta, se fueron
olvidando del mundo de aquí abajo. En el amanecer
velado por el amago de aguacero, abrazados se colgaron
de la punta de luz de la última estrella matutina,
abrazaron la luna y se fueron para siempre a llenar de
tambores el cielo inocente del Atrato, que desde esa
noche ya no truena, sino que suena con el ritmo eterno
del bombo de Martín Carabalí Carabalí, que toca al
compás de las estremecidas caderas de su hembra, la
reina del bullerengue, Estefanía Caicedo.

4

Juan de Dios.

Martín Carabalí Carabalí no pudo evitar el sentimiento de orgullo que le creció en todo el cuerpo cuando le avisaron que ya, que Estefanía estaba bien y que era un varoncito hermoso y sano, que había llegado al mundo de la mano de Concepción Montaña, experta en las lides de la vida, maestra en el arte de ayudar a la gente a venir a este mundo de río y selva.

Juan de Dios había nacido en plena madrugada de enero, cuando abundaba el bocachico, y mientras su papá se encontraba entregado por completo a la faena diaria con la que surtiría la mesa de la casa y el mercado del pueblo. Su primer llanto estremeció al caserío entero, que había estado esperándolo durante una semana. Había que bautizarlo, soplarle el nombre en las puertas del oído, que son la entrada a la morada interior de todo Carabalí que se respete, sobre todo si es doblemente Carabalí como lo era Martín y como lo serían sus hijos atrateños, según se lo había prometido a sí mismo aquella noche delirante y plena en la que hizo suya a Estefanía Caicedo por primera y deliciosa vez, cuando el velorio moría y las primeras luces del día convocaban al entierro.

No lo pensó más de tres veces. Se llamaría Juan de Dios y sería cazador, como aquel homónimo antiguo en cuya memoria acababa de decidir el bautizo, aquel cimarrón machetero del Patía Viejo, tataranieta de un palenquero de Uré que había sido lugarteniente de Benkos Bioho y miembro de una de las tropas de asalto de Juan Brun. Tranquilo y reposado, concentrado en la faena y en ese

torrente impetuoso de alegría que le surcaba todo el cuerpo, empezó a recoger la atarraya, con deseos de marcharse ya, para conocer el primer fruto de sus amores, la primera semilla sembrada con convicción y apasionamiento en las entrañas de Estefanía Caicedo; mientras en la casa el recién nombrado Juan de Dios, a quien ya le habían puesto "Bocachico" dentro de esa onomástica orillera del Atrato, que siembra de historia cotidiana cada nombre que se pone y protege así de los gastos del uso al nombre de pila, lloraba sus primeras lágrimas de hambre al pie de los senos cargados de su madre exhausta y feliz.

Terminó de sacar la atarraya, la revisó con parsimonia, nada por aquí, nada por allá, hasta el final, cuando se encontró engarzado, entre uno de los ojos de nailon, al último lucero de la madrugada, que se había resbalado mientras bailoteaba feliz en el firmamento celebrando la llegada al mundo de un nuevo miembro de la luminosa estirpe Carabalí, el primer hijo de Martín Carabalí Carabalí, el doble y orgullosamente Carabalí, y Estefanía Caicedo Cuero, la reina del bullerengue.

5 Sinécio.

La casa se había tambaleado la noche anterior. Los marañones del patio no habían resistido la violencia de la tempestad. Las canoas de la orilla se habían ahogado cuando el río se *espumarajeó* todo y amenazó con convertirse en mar. Había llovido tanta agua y había soplado tanto viento que la criatura ya casi a punto se removió bruscamente en la barriga prominente de Estefanía Caicedo Cuero y empezó a dar avisos para que ella y todos se fueran preparando para un posible adelanto de su llegada al Atrato inmenso en donde había escogido nacer.

En efecto, cuando la madrugada llegó como una tregua en esa guerra de fuerzas de la naturaleza, Concepción Montañó enarboló cual bandera la primera sábana blanca y limpia, con la que tendió la cama en donde Estefanía Caicedo Cuero habría de parirle el segundo hijo a Martín Carabalí Carabalí. Fue un parto fluido y eficaz, que concluyó con el advenimiento de un varoncito rollizo y completo, cuyo primer llanto fue tan fugaz como uno de los relámpagos y tan detonante como uno de los truenos de esa batalla entre cielo, tierra, agua, madera, viento, fuego y metal que se había escenificado la noche anterior en la inconmensurable selva de este pedazo de Atrato destinado a poblarse de Carabalíes desde aquella tarde en la que Martín Carabalí Carabalí decidió detener sus andanzas y tomar por casa el corazón de Estefanía Caicedo.

A los quince días, en una noche tan repleta de luna que sobraban las velas y las lámparas de querosín, el niño fue despertado bruscamente por el agua de rocío del bautismo que le cayó en la cabeza junto con el nombre de Sinecio, con el que andaría por la vida rindiéndole honores al jefe y compadre de cimarronería de su padre en la época de la lucha contra los Arboleda allá en el Cauca. El recién bautizado abrió los ojos, se estremeció por la frialdad del agua traída de la mitad del río, bostezó largo y parejo, ronroneó y se quedó dormido plácidamente en los brazos de su madrina. En el patio de la casa despuntaba el primer zapote de la cosecha. Una docena de luciérnagas entró volando en círculo perfecto alumbrando el camino que conducía hasta la cabecita del niño, en donde se quedaron encendidas formando una corona que durante cinco minutos mal contados presagió la futura majestad guerrera de Sinecio Carabalí Caicedo, segundo fruto del árbol inagotable del amor exuberante de Martín Carabalí Carabalí y Estefanía Caicedo Cuero.

6 Trífilo.

Cuando la crujiente lancha proveniente de Atrato abajo rugió al pie de la casa, en donde Martín Carabalí Carabalí acababa de iniciar el viaje hacia su propio olvido, del cual sólo lo rescataría transitoriamente la sorprendente magia virginal de Trismila Ocoró, descargando el feliz trasnocho de Estefanía Caicedo Cuero, quien venía de estrenar los artificiosos y clandestinos amores de Trífilo Balanta Mina, a Martín le dolió la inmediatez con la que su memoria le trajo a la cabeza los instantes en los que fue testigo insomne del nacimiento de su tercer hijo, a quien había bautizado, precisamente, Trífilo, en un homenaje que hoy le dolía -como duelen todas las traiciones- a quien había considerado su amigo hasta hace muy pocos meses.

Únicamente Hermencio Tunay, ese viejo y fiel embera, exégeta privilegiado de todos sus sueños y cotidianidades, había insinuado, desde su sabiduría insondable de *tonguero*, jaibaná y compadre, cuando Martín le contó los detalles inesperados del crítico nacimiento de su tercer hijo, que él veía ahí algo tormentoso para el mañana, que tanto dolor en un nacimiento precedido de un embarazo tan normal y adecuado, como lo había confirmado la partera Concepción Montaña, era una señal de algo funesto para todos, especialmente "*para vos, compadre Martín, que la tenés que pensar muy bien la vida de ese muchacho, porque yo no sé...*".

Con razón que cuando decidieron bautizarlo de urgencia ahí en la casa, con un agua que sería más de socorro que de rocío, ante la pronunciada e inquieta inactividad que el niño exhibía, la cual fue interpretada por todos como signo de una naturaleza humana enfermiza y predestinada a la maldad, tuvieron que retrasar la ceremonia más de tres meses, pues no encontraban quién lo apadrinara y fue casi imposible conseguir una mujer que quisiera amadrinarlo, como lo recordó Martín en medio de la delirante e inexplicable postración física a la que se encontraba sometido después de toda una vida andariega, cimarrona y dicharachera que sólo había anclado una vez: en los brazos y en el alma de Estefanía Caicedo Cuero, quien, siguió recordando, casi se desangra durante el parto de Trífilo, niño difícil de parir, que se le atravesó a la salida y le puso a Concepción Montaña más trabajos de los que ella podía recordar en su larga lista de recibimientos de vidas en todo ese pedazo de Atrato en el que ya había visto y ayudado a nacer a más de una generación.

Ernesto.

El cuarto eslabón de una cadena de amores que parecía irrompible en aquella época y que se había trenzado entre Martín Carabalí Carabalí y Estefanía Caicedo Cuero en la noche de luna del velorio de Sofonías Cuero, vino a este pedazo atrateño del mundo a las diez de la mañana de un domingo de enero, cuando el año nuevo apenas contaba en su vida una novena de días, y mientras Martín se encontraba contando cuentos sin parar en una playa cercana a la orilla del pacífico mar en donde había nacido, a la cual había sido conducido por una invitación de su primo Inocencio Quiñónez, quien le había pagado en especie para que contara cuentos durante nueve días con sus noches.

A diferencia del parto anterior, para Estefanía Caicedo este fue un parto que más que un parto le pareció un suspiro divino, como si se hubieran confabulado el sol y la tierra para que aquel le alumbrara al niño el camino hacia la vida y ésta hiciera germinar el vientre de Estefanía Caicedo como si estuviera dando a luz una flor. Cuando se aprestaba para salir al monte, calculando, como lo hacía todas las mañanas desde hacía ocho días, que ya casi pero que todavía no, sintió un malestar cuatro dedos más abajo del ombligo, el cual se le pareció más a un dolor de barriga producto del panelón de papaya y coco con el que se había hartado la noche anterior en virtud de un antojo irrefrenable, que un dolor de parto. Sin embargo, temerosa por la experiencia del año anterior, cuando había conocido de cerquita el sufrimiento, aquella madrugada de tempestad en la que

Tréfilo vino al mundo con la cara signada por la desdicha provocándole en el alma un susto tan grande que la leche se le secó en los pechos y se le escurrió en la sangre que vertió sin parar durante veinte días, Estefanía Caicedo abandonó el fogón donde los bananos verdes siguieron cocinándose solos y pasó hasta donde su hermana de leche y partera, Concepción Montaña, quien ya tenía un pie entre la champa que debería llevarla río abajo hasta el colino en donde iban a trabajar ese día.

Concepción Montaña le tentó la barriga con las manos, la presionó suavemente pero con firmeza. Sus dedos formaron un pliegue para ella revelador de que el momento era ya y no después. Entonces le dijo que se fuera para la casa que ella ya iba, que pusiera el agua a cocinar y sacara las sábanas, mientras ella alistaba la cuchilla con la que iba a cortar el ombligo y el hilo con el que pensaba amarrarlo para separar a la criatura de la vida de su madre y traerla hasta su propia vida.

Estefanía se fue para su casa. Hizo todo lo que Concepción Montaña le indicó. Cuando ésta llegó, sintió que el vientre le estaba retoñando como una flor de zapote, se acomodó en la cama, en la posición que la partera le indicó, y, en menos de lo que dura una mirada hacia el cielo para saber si va a llover o no, Estefanía Caicedo sintió fluir el niño desde sus entrañas, sobre las manos expertas de Concepción Montaña, quien lo arrojó inmediatamente, lo limpió y se lo puso en el pecho, provocándole una canción de cuna en los labios y una sensación de bienestar que sólo había sentido aquella vez en la que sintió al amor punzándole el cuerpo ante la mirada envolvente de Martín Carabalí Carabalí, quien en

ese momento se empujaba un trago doble de aguardiente anisado celebrando la conclusión de un cuento en el que la Tierra paría a los hombres como fruto de la preñez del sol.

Martín regresó a los cuatro días e inmediatamente lo nombró Ernesto, bautizo profético que había escogido para seguir perpetuando la nobleza y el valor de un bisabuelo de su bisabuelo que había sido brujo, rezandero, cuentero, cimarrón y muerto heroico en los Montes de María, cerca del Mar Caribe, y que había venido a dar por estas tierras desde la misma África, según le habían contado en el Río Naya cuando Martín era solo un niño y todavía no se le había metido la trashumancia en el alma.

Bebió aguardiente biche durante una semana completa y le dio por contarle cuentos al recién nacido, anunciando que no pararía de contárselos hasta que no consiguiera arrancarle al niño una sonrisa, sonrisa que se le plantó gigantesca en su carita de fruta tierna al cuarto día, al final del cuento en el que la tierra preñada por la luz del sol da a luz a los hombres. Fue un atardecer de júbilo, en el que Martín Carabalí Carabalí vio, con sus encabildados ojos negros de negro encabildado, como se lo contaría después a todo el mundo, cómo el cuarto se llenó de luz cuando nació la sonrisa de Ernesto Carabalí Caicedo y se oscureció inmediatamente después de que la sonrisa se deshizo y el niño cerró sus ojos para continuar durmiendo tranquilamente hasta la medianoche, cuando despertaría sin llanto para mamar la leche que se desbordaba en los pechos altivos de Estefanía Caicedo Cuero.

8

Aníbal.

Borrachito nació un viernes a las tres de la tarde y lo apodaron así, inmediatamente salió del vientre de su madre, porque, según conceptuaron las vecinas que estuvieron presentes colaborándole a Concepción Montañón en el recibimiento del nuevo miembro de la estirpe Carabalí, tenía la cara embriagada y lloraba como si tuviera tontina.

Estefanía Caicedo se lo acomodó en el regazo y le susurró en el oído el nombre que ya su padre le había predispuesto, desde antes de nacer, cuando en una noche de baile y chirimía, durante la última fiesta patronal, su compadre Aníbal Asprilla, en medio de la juma feroz que ambos compartían, le hizo prometerle que sería su compadre y que le pondría al niño su nombre, el mismo que a él le habían puesto como un homenaje a un músico que había sido su tatarabuelo, que se había recorrido el mundo tocando clarinete hasta que ya no pudo soplar más y de quien había heredado las dotes musicales y el viejo instrumento que se había salvado de perecer ahogado en las bocas del Atrato, luego del último baile que había tocado por allá en un pueblo de negros que se morían de viejos mirando el mar y bailando al son de las olas azules en una playa blanca como las nubes del verano por la mañana.

"¡Aníbal! ¡Aníbal Carabalí Caicedo!", le sopló en el oído Estefanía a su hijo acabado de nacer, al Borrachito que habían bautizado sus vecinas, el cual se estremeció de gusto y soltó la teta que aún rezumaba leche tibia.

Martín Carabalí Carabalí mandó llamar a su compadre Aníbal Asprilla, con la noticia de que ya era padrino, porque le había nacido su tocayo, que entonces se viniera con dos o tres botellas de aguardiente, o cinco o seis, o las que fueran, porque eso había que celebrarlo, y que si encontraba por ahí al bombero, al platillero y al requinto, se los trajera, porque esa noche empezaba el baile, y que trajeran ropa limpia para que se quedaran en su pueblo y en su casa, porque se sabía cuándo comenzaba el baile pero no cuándo iba a terminar.

Aníbal Asprilla, parrandero legítimo, bichero antiguo, músico de poco ruego, viajó en su canoa durante cinco horas a palanca y canaleta, desde su pueblo hasta el de Martín Carabalí, y llegó con los demás músicos cuando la noche iba a empezar. Anunció su llegada con un soplido largo, tendido y melódico de clarinete, cuyo ritmo fue seguido inmediata y misteriosamente por el recién nacido, quien empezó a chupar el seno de su madre al son de la música que provenía de la orilla del río y sólo dejó de chupar cuando el clarinete dejó de tocar, tal cual lo haría durante los siguientes nueve días y las siguientes nueve noches, cuando sólo mamaría la leche de su madre cada vez que sonara el clarinete y llevando siempre ese ritmo frenético que su padrino le imprimía y que enloquecía a Martín Carabalí Carabalí y a todos los demás vecinos del caserío, quitándole de paso el cansancio del trabajo de parto a Estefanía Caicedo, quien sintió de pronto, a la segunda noche, unas imparables ganas de bailar, que la llevaron hasta la sala, contradiciendo las recomendaciones de su partera, sus vecinas y sus comadres, que le habían prescrito

resguardarse del sereno de la noche y del sol de la tarde, en donde agarró con frenesí a su hombre y se puso a bailar con él al ritmo del clarinete de su compadre Aníbal, que era el mismo y perfecto ritmo que seguía su quinto hijo, acabado de nacer, Aníbal, el Borrachito, quien mamó y mamó rítmicamente, melódicamente, cada vez que su tocayo y padrino tocó, y sólo dejó de mamar cada vez que el clarinete se silenció por los rigores del trasnocho.

La fiesta se terminó. Al amanecer del décimo día, cuando Aníbal Asprilla enfundó su clarinete y con su voz enronquecida se despidió de todos y se montó en su champa para volver a su orilla hasta que le tocara regresar para el bautismo de su tocayo, Aníbal Carabalí Caicedo, el Borrachito, ternura parrandera acabada de venir al mundo, durmió plácidamente y sólo vino a despertarse a los tres días, con una cara de adulto enguayabado y un hambre tan grande como la alegría con la que fue celebrado su nacimiento. Pero no quiso comer nada hasta que Estefanía Caicedo con su intuición preclara de rumbera excelsa y reina del bullerengue le arrulló la leche, que manaba pródiga de sus senos, con tarareos de chirimía, y Martín Carabalí Carabalí acompañó la tonada con golpes acompasados sobre el cuero de una tambora vieja y rota que conservaba desde aquella noche en la que, con sus cuentos a flor de labios y su mirada endiablada, convenció a Estefanía Caicedo Cuero de que tuvieran tantos hijos como les diera la vida y poblaran este Atrato de Carabalíes que no volvieran a ser esclavos de nadie nunca más.

9

Inocencio.

La viva imagen de la ternura negra, con sus ojos saltones y sus cachetes lisos, con un esbozo de sonrisa pintándole toda la cara y un dejo de coquetería, curiosidad y misterio en la expresión facial, tomó cuerpo una mañana en la figura menudita del sexto vástago del árbol Carabalí Caicedo, cuyas raíces se hundían en las ciénagas y pantanos del amor, el lomerío de la pasión y el ribereño dique de la rumba, en aquel pedazo de Atrato en donde había sido sembrado una noche de luto, que se convirtió en fiesta para Martín Carabalí Carabalí y Estefanía Caicedo Cuero, cuando sus miradas se encontraron y descubrieron cada una en la otra todas las razones necesarias y suficientes para compartir sus vidas durante toda la vida.

Esa mañana, cuando se escuchó su primer llanto, Martín Carabalí Carabalí, que ya salía para el monte, se apresuró a regresar del río en donde estaba achicando la champa para irse. Al entrar a la casa sintió como si el aire estuviera más limpio y fresco que de costumbre, como si la luz tuviera más claridad que siempre. Miró al varoncito hermoso acabado de nacer, que reposaba arrinconado al pecho de su madre. Le volteó el cuerpo para poder verle bien la cara. Sonrió, lo besó y besó a Estefanía Caicedo, dio media vuelta y se fue para el patio, en donde despescuezó la gallina saraviada a la que le había echado el ojo cuando su mujer le contó que ya el parto se aproximaba. Salió a la orilla y les mandó razón a sus compañeros de trabajo que él no iba a ir, que se fueran tranquilos su ida, que no lo esperaran, que Inocencio

acababa de nacer. Se sorprendió por la espontaneidad con la que le salió el bautizo de su nuevo hijo; pero recordó que él ya lo había pensado, en honor a su abuelita guapireña, Mamá Chenchá, la mamá de su mamá, una viejita rezandera que se sabía el credo al revés y que era capaz de acompañar a un difunto así le tocara ir hasta los confines del universo, porque decía que la muerte es el único acontecimiento en el que los seres humanos deben ser acompañados, porque es precisamente el único acontecimiento en el cual uno no necesita ayuda, ya que uno muere solo, cuando ya es la hora, por sus propios medios, cuando le toca el turno de abandonar este mundo, y por eso hay que acompañar este momento, pues uno va simplemente a eso: a acompañar, no a ayudar, pues la muerte es cosa de cada uno, sin ayuda de nadie. Se tranquilizó con este recuerdo y entró nuevamente en la casa, pensando además que a Chenchito le venía bien ese nombre también por el lado de su primo Chenchó Quiñóñez, el que vivía en esa orilla de la mar cercana al pacífico litoral en donde Martín había nacido.

Otra vez frente al niño, lo contempló desnudo, mientras Estefanía le cambiaba la ropa. Sus ojos le llamaron la atención más que el resto de su cuerpo. Había algo en ellos que él no podía captar, pero que lo atraía tan poderosamente que se propuso no moverse de su lado hasta no descubrir qué era. Y lo descubrió, en el instante fugaz en el que Estefanía Caicedo le dijo que si se quedaba allí con el niño hasta que ella regresara de la *paliadera*, donde iba a darse unos baños de hierbas para que le cerrara el cuerpo demolido por los rigores del parto.

Cuando Estefanía Caicedo regresó a la calurosa piecita en penumbras, encontró a Martín Carabalí transfigurado por lo que había vivido durante los minutos anteriores: intentando encontrar ese *nosequé* que había sentido en la humanidad de su hijo Inocencio acabado de nacer, lo había mirado sin descanso durante todo el tiempo, hasta que sus ojos se habían encontrado con los del nene y le habían parecido absolutamente transparentes, tanto que pudo ver en ellos el fondo de su propia vida, como en uno de esos sueños misteriosos que le ayudaba a interpretar su compadre embera Hermencio Tunay. Como si fueran una quebradita del monte, transparencia pura, de esas que no logra enturbiar ni el aguacero más tenaz y prolongado, en el fondo de los ojos de su hijo había visto diez piedritas multicolores, seis de ellas portando cada una la cara de uno de sus hijos, incluyendo al dueño de esos ojos, otras tres con caras de niños que él no conocía pero que le parecieron familiares; un pescado vistoso y plateado, que tenía la cara de Estefanía Caicedo; una garza de palizada que miraba igualitico a Trífilo Balanta Mina, su amigo; y una corriente de agua amarillenta que, en el piso del agua, lo atrapaba a él mismo, a Martín Carabalí Carabalí, y se lo llevaba por una ruta que no parecía tener regreso, más allá del olvido, completamente despoblada de recuerdos que fueran válidos para ensayar una interpretación, a menos que uno fuera Hermencio Tunay, a quien correría ya mismo a contarle su visión, sin éxito alguno, pues Hermencio Tunay había viajado a cantar jai en un pueblo del Baudó, de donde lo habían llamado porque los animales y los árboles se estaban muriendo y la gente se estaba enfermando de cosas que nadie conocía.

10 Martín.

Era obvia la supremacía de la genética Carabalí en la cara del recién nacido. Carabalí era su ceño adusto pero revestido de felicidad. Eran Carabalí sus cejas sobresalientes y su cabeza rala. La profundidad inenarrable de sus ojos negros era también, innegablemente, Carabalí, doblemente Carabalí. Así que de ahí a la obviedad onomástica había sólo un paso: El Repetido, lo llamaron en el mismo instante en el que lo vieron, las cinco vecinas, la partera Concepción Montaña y Estefanía Caicedo Cuero, la alegre madre, satisfecha por los resultados tan poco dolorosos de su nueva concepción, y decidida a bautizarlo Martín a como diera lugar, así Martín Carabalí Carabalí se opusiera, como se había opuesto en los hijos anteriores, a repetir su nombre en uno de sus hijos, por lo menos por ahora, como argüía siempre que el tema salía.

Sin embargo, esta vez Martín no se opondría, pues el destino ya se lo había rayado en el cuaderno de la vida, por obra y gracia de Hermencio Tunay, su compadre embera, quien en ese momento le descifraba, aunque con pocas señales, la visión que el asustado Martín había tenido en los ojos de su hijo Inocencio, que había nacido el año anterior. Las piedras pintadas con las caras de sus hijos, la garza mirando como Trébol Balanta Mina, el pescado colorido semejante a Estefanía Caicedo y la corriente amarilla que lo arrastraba a él hacia el olvido definitivo, conjunto extraño pero algo coherente, que conformaban la visión que no había dejado dormir tranquilo durante un mes largo a Martín Carabalí, fueron

escrutados por la sabiduría ancestral de ese cholo viejo y fuerte, en cuya mirada parecían reposar todos los arcanos de esta selva acuosa y caliente del Atrato en donde estaban deviniendo los frutos del amor entre Martín y Estefanía.

"Yo sólo una cosa te la digo", le dijo Hermencio Tunay a Martín Carabalí Carabalí, luego de un largo rato de meditación, con la mirada perdida en la orilla tranquila de su tambo. Y se la dijo: "a otra criatura vos la tenés que bautizarla como vos mismo te llamás, compadre Martín". Y le explicó que si no lo hacía así, según él alcanzaba a entender en todo lo que le había contado de la visión que había visto en los ojos de su hijo Inocencio, estaba corriendo el peligro de que su figura y su nombre se borrarán para siempre de la memoria de los hombres del pacífico litoral por donde había transcurrido su vida, pues se iba a morir a causa de su propio olvido buscando la ruta de regreso hacia las orillas de su infancia.

Martín Carabalí Carabalí, curado de sustos y de espantos, sintió, sin embargo, que todos los huesos le temblaban, ante la revelación que con gesto serio le acababa de hacer ese embera sabio al que tanta confianza le tenía en eso de adivinar todo lo que había que adivinar para caminar en estos montes de la vida. No tenía otra opción que seguir la recomendación: su hijo, que ya debía estar naciendo, pues dos días antes de venirse en busca de Hermencio Tunay había dejado a Estefanía con los primeros dolores de aproximación hacia el parto, se llamaría Martín, como él: Martín Carabalí Caicedo.

Dejó vadear la canoa, formó un cuenco impenetrable con sus manos en juntura y recogió agua tres veces para darle de beber a la sed inmensa que lo aquejaba. Se despidió de su compadre indio, agarró con firmeza el canaleta, se acomodó en la patilla de la champa y remó virilmente con rumbo hacia su orilla, en donde lo esperaban todos con la noticia del nacimiento del Repetido y los detalles sobre el asombroso parecido.

Al otro día, cerca de la media noche, Martín arrimó su champa a la orilla pantanosa de su casa. Recogió el canaleta, aseguró la embarcación con la palanca, cogió el totumo y los zapatos, y subió con algo de pesadez en el cuerpo cada uno de los peldaños de la escalera rústica que llevaba a la sala. Acomodó las cosas en un rincón, fue hasta la *paliadera* y se lavó las manos con agua de lluvia, entró a la pieza en donde Estefanía Caicedo aún se encontraba despierta con el niño dormido a su lado. De una repisa tomó la lámpara de querosín y la acercó hasta la cama, para mirar mejor al niño, a su nuevo hijo, a su Repetido, Martín Carabál Caicedo. Estefanía Caicedo Cuero fue solitaria testiga de la obnubilación inmediata de Martín, quien, una vez vio al niño, cerró los ojos y se quedó como dormido, en un éxtasis raro, con el rostro desencajado aunque tranquilo y con visibles señales de esfuerzo, en un gesto que le duró casi una hora, tiempo después del cual regresó a este mundo con ojos de cansancio pero con expresión de placidez.

Estefanía le preguntó que cómo le parecía el niño. Él pareció no oírle. Ella repitió la pregunta, sin conseguir respuesta alguna, y se asustó toda. Al cabo de un rato, Martín la miró lentamente, con cadencia, casi con

reverencia, y le preguntó que si ella se acordaba del momento en el que había nacido. Ella, nerviosa, se rió y le dijo que si era que se estaba enloqueciendo o qué, que eso le pasaba por andar dándole tanta importancia a esas cosas de cholo embera de su compadre Hermencio Tunay, que un día de estos iba a ver, que ella no respondía por lo que le pasara si seguía en esas pendejadas de estar soñando vainas y contándose las al indio para que él le dijera pendejadas que lo trastornaran, que se acostara tranquilo y dejara de estar haciendo preguntas de loco, que quién se iba a acordar del día en el que había nacido...

Martín Carabalí Carabalí, ombligado con ausencia y yerbas de monte, pacífico viajero de todas las mares de este océano inmenso, atrateño por adopción y por convicciones del amor, miró a su mujer y la sumió en las perplejidades del misterio, cuando le dijo que él sí, que con sólo mirar a su hijito recién nacido, a Martín, el Repetido, había viajado a través de las aguas del tiempo y se había remontado hasta las cabeceras del río de su infancia, hasta el punto y la hora exactos en los que había nacido, que acababa de recordar su primer llanto y cuánto le había dolido el corte del ombligo, no tanto por la cortada de la carne, sino por su impotencia para evitar que lo separaran de ese sitio en donde tan bien la había pasado durante nueve meses, y que sí, que tenían razón, que ese muchachito era idéntico a él, que así mismo era él el día en que había nacido, y que tan parecido era que le apostaba lo que quisiera a que en ese momento el niño iba a despertarse, pero no para pedir que le dieran de mamar, sino para mirarlo a él, a su papá, y encontrar en sus ojos la figura que tendría cuando estuviera grande,

cuando fuera totalmente un Carabalí, doble y orgullosamente Carabalí, como él lo era, y contarle en secreto que aquí había llegado él, a este mundo, para salvarlo del olvido definitivo y así dispensarlo de las trampas de la memoria de los hombres y de las mujeres de este pacífico litoral de selva y de río, de mares y vientos, de calores y aguaceros.

11 Hermencio.

A Estefanía Caicedo a duras penas alcanzaron a subirla a la casa para que pariera su octavo hijo, desde la canoa en la que la acosaron los dolores, poco antes de que el sol se muriera de belleza en las entrañas del monte allá en la orilla del frente.

Cuando Concepción Montaña llegó, ya la cabeza del niño estaba saliendo para mirar por primera vez el mundo del Atrato. Con su práctica diligencia de baquiiana en los vericuetos del nacimiento de los seres humanos, ella terminó de recibirlo, lo alzó, lo puso en la contraluz y se cercioró de su estado y de su sexo. "Otro hombrecito", le susurró a Estefanía.

Era un varoncito de pelo abundante y más liso que de costumbre, de piel achocolatada y ojitos un tanto rasgados, cualidades que fueron suficientes para que lo llamaran el Cholo, tácito acuerdo bautismal que fue confirmado por el dicharachero Martín Carabalí Carabalí, nueva y orgullosamente padre de ese fruto maduro que llegó a conocer al momentico del alumbramiento.

Prevenido como estaba frente a los aconteceres extraordinarios que habían rodeado el nacimiento de sus otros hijos, Martín caviló profundamente preguntándose con qué le iría a salir éste, a quien había decidido ya hace tiempo llamar Hermencio, gratitud nominalmente obvia hacia ese indio viejo y sabio que siempre le revelaría la verdad de sus sueños.

Pasó una semana. Martín Carabalí Carabalí se desentendió de los asuntos del misterio que siempre había rodeado los primeros días de vida de sus hijos. Por las tardes, cuando regresaba del monte, cargaba al niño largos ratos y le hablaba y le hablaba, contándole cuentos y señalándole caminos de vida para el futuro, prometiéndole éxitos y previniéndolo de fracasos. Los domingos, cuando amanecía contrito por los estragos de la parranda del sábado, y se dedicaba a tomar sauco todo el día, lo cargaba en su pecho amplio, sobre una hamaca desgastada por los usos del amor y de la molicie; mientras que aquellos domingos tranquilos en los que no padecía antecedentes aguardenteros, se lo alzaba desde las postrimerías del almuerzo y se lo llevaba como amuleto de buena suerte a sus jugarretas de dominó en la casa de Trífilo Balanta Mina, su amigo de sangre, en donde sus sucesivos e ininterrumpidos campeonatos condujeron a todos a la convicción compartida de que realmente el Cholito le traía a su papá más suerte de la cuenta.

Martín Carabalí Carabalí, acostumbrado ya a transitar los senderos de la verdadera sobrenaturaleza, no le paró bolas al comentario que hizo carrera en el pueblo acerca de las virtudes de su hijo para traerle éxito en el juego. Lo desestimó, con la certeza de que si había alguna virtud en el Cholito Hermencio, sólo su tocayo el indio Hermencio Tunay sería capaz de desentrañársela antes de que ésta se manifestara o fuera percibida por Martín. Así que esperaba, hasta el día que había previsto para el bautizo casero, cuando su compadre embera habría de llegar cargado de carne de guagua para celebrar la ocasión y con el cuento de que él había tenido un sueño en donde

su ahijado labraba una canoa tan grande que servía para recorrer el mundo, un sueño que permanecería sin interpretación válida hasta ese jueves de septiembre cuando el niño se cayó al agua, cuando Martín y Estefanía iban de pasajeros en un bote que se hundió a causa de la turbulenta ola de una lancha que venía de Turbo. En lo primero que pensaron, cada uno por su lado, fue en su hijito, en el Cholo, Hermencio Carabalí Caicedo, quien se le había zafado de los brazos a Estefanía. Entre gritos desesperados y acuciosas brazadas, Martín Carabalí Carabalí, navegante experimentado de todos los ríos de este pacífico mar, y Estefanía Caicedo Cuero, hermosa brújula negra que le había enderezado el rumbo al barco de su vida andariega de Carabalí indomable, junto a todos los demás pasajeros, contemplaron el inefable espectáculo de Hermencio Carabalí Caicedo flotando desenfadadamente, cual si fuera un tronco de balsa, sobre el Atrato inmenso y turbio, cuyo brillo recortaba su silueta acholada y diminuta contra la sombra de los palos de *pichindé* y yarumo que custodiaban la orilla por donde descendía aguas abajo abandonado a los brazos de la corriente.

12 Saturio.

El seca-leche del tronco familiar Carabalí nació con cara de ángel orillero, con tanta luz en los ojos como un atardecer atrateño de fuego y magia, y con la piel tan negra y tan bella como la noche en la que nació, atributo que le mereció sin ambages el apelativo de Chombo, con el que se distinguía a los negros más negros entre los negros de esas orillas pantanosas, verdes y cálidas del Atrato descomunal.

Como las ocho veces anteriores, Martín Carabalí Carabalí, orgulloso padre de nueve hijos, esculcó sus ilusiones, su memoria histórica y sus afectos más cercanos, para sacar a flote, de entre las aguas del tiempo, el nombre que le soplaría en el ánimo a su nuevo hijo como marca distintiva y augurio de buen futuro. Saturio lo nombró, en remembranza sincera de un negro valiente que había sido fusilado cuando nacía el siglo como castigo blanco a su pasión por la libertad, la igualdad y la humanidad para todos.

A los pocos días del agua de socorro del bautismo casero, llegó al pueblo un cura, cuya presencia causó revuelo, ya que habían pasado varios años sin que uno de su especie se apareciera por esos lares, en donde la gente se había acostumbrado ya a arreglar directamente sus cosas con la divinidad, sin más intermediación que sus convicciones prácticas y sus usos colectivos. Era un español fornido y pálido, recubierto de laceraciones enrojecidas, sudoroso y gritón, ensotonado y preguntón, que los reunió a todos y

les habló de cosas que muchos de ellos no habían oído, pero que sospechaban, aunque no creían.

Treinta y cinco criaturas de todas las edades, sexos y tamaños, fueron sometidas al ritual del óleo y del agua, de los rezos recitados en latín que únicamente entendía y medio respondía el síndico del pueblo, Gumercindo Asprilla, de la vela encendida y del trapo blanco que, según les informó el cura, esta vez en español más o menos comprensible, era símbolo de pureza.

Uno a uno, los treinta cinco niños fueron siendo exorcizados, ungidos, alumbrados, rezados, bañados y vestidos de blanco por el cura, en medio de llantos, mocos, gritería, rumores y conversaciones en voz baja, que asordinaban los latinajos del ministro religioso.

Cuando le tocó el turno al chombito Saturio Carabalí Caicedo, su madrina y su padrino, empujados por Martín y Estefanía, se acercaron al altar improvisado, con un aire de devoción acabada de estrenar. El cura sopló y signó con sus dedos al chombito por varias partes, lo ungió con el aceite que cargaba en unos tarritos metálicos, lo hizo alumbrar con la vela que le encendió a los padrinos, recitó cosas en latín y, por último, antes de pasar a mojarlo con el agua, le impuso el trapo blanco, una especie de camisión limpiísimo que la misma Estefanía Caicedo había lavado, almidonado y planchado para la ocasión. En cuanto se lo pusieron, la blancura de la tela se esfumó, ante los ojos sorprendidos de todos, y se convirtió en una radiante sucesión de colores: un verde como el de la selva quieta que allá detrás de la capilla derruida producía vida sin cesar; un rojo como el de esos

atardeceres en los que el sol ahogaba su hermosura en la profundidad del río; un amarillo refulgente como el del oro esquivo que se precipitaba en las bateas de las mazamorreras más afortunadas; un azul límpido como el del cielo que cubría al pueblo a esa hora de la tarde; un café desafiante y hondo como el de los *changuatales* de las ciénagas en verano; y un negro intenso y vivificante como el de la piel del chombo Saturio, quien abrió los ojos en ese instante y reflejó en ellos el colorido de la tela, en un incendio cromático tan bello como su ternura, que sólo se apagó en el momento en el que el cura pronunció su nombre y lo bañó con el agua fría que sus manos habían atravesado con una rápida cruz en señal de bendición, momento mismo en el que la tela recuperó su color original, allí sobre la mesa del altar en donde la había dejado el cura.

**El día en que el sol se murió en los ojos
de Martín Carabalí Carabalí.**

El día en que el sol se murió en los ojos de Martín Carabalí Carabalí, una nube inmensa de tristeza cubrió para siempre su vida descomunal, al comenzar la tercera semana de aguaceros extemporáneos después de la última fiesta que se había bailado, trocándole su alegría tenaz de siempre y confinándolo irremisiblemente a un país de tinieblas, allá en esa tierra de sol y calores brutales donde su vida empezaría a terminar con más pena que gloria en la plena soledad de quien sabe que para él no habrá ni siquiera una cruz de palo anónima en el momento final.

Cuando cesó el último aguacero empezó en su mente el torrencial de recuerdos imparables, que le causó destrozos incalculables en su alma dicharachera y soñadora de ilusionista, fiestero, cimarrón, enamorado, negro, encabildado y cuentero.

La fila de su memoria dolorosa la encabezó, como guía de monte en noche de cacería por un río desconocido, la figura sobresaliente de Estefanía Caicedo, con sus caderas rítmicas y sus piernas endiabladas para el baile convertidas por arte de la desolación en símbolos tenaces de la amargura y el desamparo. Martín reconstruyó, con fuerza, con pelos y señales, el momento en el que este final había comenzado. Vio nítida y desafiante la figura atractiva de Trífilo Balanta Mina, su antiguo compañero de machetería insurrecta por los tiempos del gran Sinecio Mina, cuando codo a codo le habían arrancado la tierra a los Arboleda y habían recuperado la dignidad que ellos

les habían robado, después de la abolición de la esclavitud, cuando las ilusiones empezaban a nacerle en el corazón y los ojos se le habían poblado de una luz que creyó inextinguible, pero que ahora comprobaba finita, tan finita como la ilusión que en el centro del sentimiento le había clavado -en una noche de velorio y río- a la reina del bullerengue, Estefanía Caicedo Cuero, la hija de Rómulo, la nieta de Agripina, la biznieta de Alfonsa, la hija bella de Canducha.

Trífilo Balanta Mina apareció, en el recuerdo, superpuesto a Estefanía, tan cerca de ella toda que no parecían dos sino uno. Entonces Martín comprendió el carácter definitivo de esta juntura, la cual se había ido soldando definitivamente en cada ausencia suya, en cada silencio doloroso entre él y Estefanía, en cada desencuentro mutuo, hasta convertirse en lo que hoy era: una verdad abrupta y contundente, que le golpeaba el orgullo y la dignidad, que lo desarmaba frente a la vida; pero que le hacía entender -aunque ya de poco sirviera- la sabiduría feroz de su compadre Hermencio Tunay, indio viejo de pellejo arrugado, a quien le contó un sueño en el amanecer previo a un negocio de carne de monte y de pescado, un sueño en el que Estefanía Caicedo se ahogaba y en lugar de nadar hacia la orilla pantanosa donde Martín se hallaba tendiéndole la mano, prefirió tragar y tragar agua hasta encontrarse con una palizada donde la esperaba un pájaro encantador que la salvó con la energía de su melodía fascinante y le prestó sus alas para que volara hasta la orilla opuesta.

El Compadre Tunay, embera de nacimiento, jaibaná experimentado, constructor de canoas portentosas,

arquitecto de bohíos eternos, pescador y cazador inigualable, amante y hermano de la tierra y del agua, del monte y los espíritus, de su gente y sus compadres, del sol y la luna, de las tempestades y las balsas, de los animales y las yerbas curativas, miró a Martín Carabalí con una sonrisa de afecto solidario y le explicó el sueño. Para él estaba claro, en su profunda intuición terrígena, que el río era la vida, torrente incontrolable que arrastraba a Estefanía hacia nuevas orillas porque la orilla de Martín le había quedado pequeña para sus ansias y sólo otra orilla con encantos menos estrechos y mezquinos, sin ligazones ni ataduras conflictivas, era el escenario suficiente y necesario para sus ardores de negra encantadora. Las alas del pájaro -había explicado Tunay, en su exégesis delirante- eran los brazos de otro hombre, “y no le digo más, *Compadre Martín* -añadió Hermencio Tunay- *para que no se confunda la cabeza suya y podás pensarla mejor todo lo que te he dicho*”.

Ahora sí que estaba todo claro: como los sufrimientos en un drama de esos que organizaban los misioneros para la semana santa, claro; como el agua salada de sus lágrimas desvencijadas, claro; como el amanecer del río donde había jurado detener su marcha en los brazos de la mujer que ahora perdía, claro; como su tristeza honda, claro...

Martín Carabalí Carabalí aceleró el paso de la fila de sus recuerdos, cual canoas enlutadas en el río cruel de su desdicha. Se le aparecieron, uno a uno, los nueve hijos de su amor con Estefanía Caicedo, puntualmente traídos a este mundo cada año. La décima canoa de esta filial fila le apareció, en la visión, vacía y rota. Era la de la hija mujer que con tanto ímpetu había soñado Martín, en

sueño alimentado también por Estefanía que después sería ilusión rota por ella misma cuando apareciera del todo en su vida la ilusión de libertad y goce que la hizo aferrarse con pasión inusitada y abierta a los amores escondidos pero evidentes de Trífilo Balanta Mina, y que la hizo soltarle en la cara a Martín esa sentencia inobjetable de que “con usted no tengo esa ni ninguna otra hija”, luego de que él lo sospechara y la sonsacara perseverantemente hasta llevarla a romper su silencio y obtener de su boca, tantas veces besada, la negativa tajante, con todo y la certeza confirmada por la adivina Ismenia Viáfara -quien se los leyó en los naipes- de que si llegaban a tener otro hijo sería una hija mujer.

Martín sudó su desencanto hasta empapar el petate en el que se encontraba acostado. A esa hora, Estefanía Caicedo se disolvía en risas, roces cercanos y felices y miradas confianzudas con Trífilo Balanta Mina, a nueve horas de viaje río abajo, en una fiesta a la que él la había invitado y a la que ella no había dudado asistir ni por un momento, así se le viniera encima el mundo, que para detener mundos había nacido y a ella nadie iba a venir a joderle la vida con reproches y prohibiciones ahora, precisamente ahora, cuando le había encontrado rumbo y contaba con un guía para seguirlo y así poder llegar a donde quería llegar, que era más allá del círculo de aguardiente, cuentos y palabrería vana de Martín Carabalí Carabalí, a quien de todas maneras le agradecía el haberla iniciado en el arte de vivir, pero por quien no estaba dispuesta a condenarse en la imposibilidad de seguir avanzando por terrenos desconocidos, vitales y apremiantes, como los que Trífilo Balanta Mina le mostraba con su sonrisa taimada de seductor innato, con

sus detalles enternecedores, con su clarividencia infalible, con su coqueta elegancia y con sus dotes de guía y conductor, con su capacidad envolvente de hacer que las personas terminaran haciendo lo que él quería que hicieran, convencidas de que estaban haciendo lo que querían hacer.

Martín Carabalí Carabalí detuvo con firmeza la marcha de sus recuerdos, consciente de que si llegaba a recordarlos todos estaría abriéndole el paso a la muerte, que era lo único que seguía después que a uno le pasaba por la cabeza toda la vida que llevaba vivida, hasta la que había vivido sin darse plena cuenta. El freno repentino que le puso a su memoria, y que lo salvó de la muerte, hizo que en su mente tomara cuerpo la idea de regresar al pueblo donde había nacido, donde su madre lo había maldecido después de darle una bendición sollozante, cuando él partió a recorrer mundo. Intentó ponerse en pie, decidido a vestirse, agarrar su canoa y emprender el viaje de regreso. Su cuerpo negro, esbelto y fuerte, no quiso hacerle caso, se quedó plantado en su sitio. Martín Carabalí Carabalí gimió solitario, lloró en el silencio oscuro de su rancho, gritó.

Cuando Estefanía Caicedo pisó la orilla del pueblo, despidiéndose de Trífilo Balanta Mina con su sonrisa inefable, supo inmediatamente la novedad y sintió lástima de Martín, algo parecido a una culpa, pero ajena, y muchas ganas de hacer todo lo que hubiera que hacer para que ese hombre, a quien con tanta pasión se había dado durante casi diez años, volviera a ser lo mismo que antes, cuando ella le confió su vida para que la hiciera feliz. Entró en la casa como si ésta fuera ajena, pero con

la propiedad de una heredera. Hizo salir a la recua de hijos, que se arremolinaba en la puerta del cuarto del papá. Se quedó con la extraña sensación de que no fueran nueve sino diez, ya que, aunque los contó cuatro veces, cada vez le dio un número diferente: nueve, unas veces; diez, las otras dos veces. “Deben ser cosas del susto”, pensó, intentando calmarse a sí misma.

Encontró a Martín bocarriba, tendido e indefenso como un pescado abierto y salado puesto a secar al sol. Lo miró: sus ojos estaban cerrados, el sol se había muerto en ellos. Le cogió una mano: sus dedos estaban mustios. Le sobó las piernas: sus músculos estaban tumefactos y dormidos. Le cogió la cara con ambas manos: sus mejillas y sus labios parecían de balsa, como las de esos muñecos disfrazados que sacaban en las carrozas de las fiestas. Entonces, Estefanía lloró quedamente. En silencio empezó a reprocharse a sí misma y terminó reprochándolo a él, con tal vehemencia que Martín se despertó, le clavó los ojos suplicantes y adoloridos en los suyos asustados e hizo que ella le prometiera que lo iba a ayudar a salvarse. “De ésta vamos a salir juntos, a pesar de todo”, le dijo.

Inmediatamente, la única mujer con quien Martín Carabalí Carabalí, el pacífico negro andariego de este litoral olvidado, había sentido ganas verdaderas de tener hijos salió del cuarto con la decisión de ayudarlo a curarse pintada en toda la cara, desaliñada por el trasnocho del baile. Llamó a su hermana de leche, Concepción Montaña, que era su mejor amiga, la que le cuidaba los hijos en las ausencias, la que le guardaba las penas cuando ella se aburría con ellas, y le pidió que

hiciera la forma de comunicarse con Trífilo Balanta Mina y le hiciera saber que ella necesitaba hablar con él urgentemente. Después, mientras despuntaban en el patio los primeros marañones de la segunda cosecha del año, se sentó en el quicio de la sala a poner en orden el plan mediante el cual procuraría volver a la vida a su Martín de tantos años, dispuesta a reconstruir con él su destino, dispuesta a renunciar a la fresca vivificante de las deliciosas horas en compañía de Trífilo Balanta Mina, dispuesta a lo imposible, pues luego de un año de ires y venires, de brujos, chamanes, raicilleros, secreteros, jaibanás, sobanderos y sobanderas, médicos blancos, hospitales, enfermeras, drogas, bebedizos, exámenes, conjuros y adivinaciones, la vida la obligaría -como hace el río con las embarcaciones a la deriva- a seguir su curso, el que ella ya había escogido, cuando apareciera, cimera y plena, inolvidable como una fragancia, dotada de energías como una diosa, la negra Trismila Ocoró, en cuyos ojos nacería la luna que le daría a los ojos de Martín Carabalí Carabalí la luz nueva y necesaria para regresar al resto de vida que le quedaba, aunque la muerte lo estuviera acechando en un punto intermedio y desconocido entre el río donde su madre lo había traído al mundo y este río donde Trismila Ocoró lo resucitaría después de su primera muerte al lado de Estefanía Caicedo Cuero, cuando muchos de sus sueños estaban destrozados y sus pies ya sólo eran capaces de emprender el rumbo inevitable hacia el olvido definitivo.

14

El día en que la luna nació en los ojos de Trismila Ocoró.

El día en que la luna nació en los ojos de Trismila Ocoró, ella sintió que ya podía morir, después de 29 años con todos sus meses, sus semanas, sus días y sus noches de estar intentándolo en vano, desde la lejana mañana de agosto en la que sintió que sus manos emitían una energía capaz de curar hasta las penas del amor.

Martín Carabalí cerró totalmente el abrazo negro alrededor del cuerpo menudo, delicado, ansioso, miedoso y asustado de Trismila Ocoró, cuyas caderas esplendorosas se retractaron dubitativas del contacto inevitable de los dos cuerpos, por un instinto antiguo que le había impedido siempre a Trismila sentir en el centro de sus ansias corporales el motivo carnal y masculino de sus recónditos e ignorados deseos de hembra ardorosa, pero tímida y asustadiza en materias sensuales. Martín Carabalí Carabalí, el andariego, negro, enamorado y feliz, estaba agradeciendo con su abrazo la magia sorprendente de las manos medicinales de Trismila Ocoró, que acababan de darle el toque final y feliz de alivio a sus dolores de boga sin tregua, acumulados a lo largo de la vida de canaletero, palanquero y motorista a través de los ríos bellos y furiosos del Pacífico.

Trismila Ocoró lo había encontrado tendido en el petate sobre las tablas del cuarto oscuro donde compartía la vida con Estefanía Caicedo. Martín estaba mustio y descompuesto por los estragos gigantescos del dolor, que no le permitía hallar ni una posición adecuada para

dormir tranquilo desde hacía seis meses completos. Estefanía lo había intentado todo, sin el resultado esperado. Pues, si bien los brujos, curanderos, raicilleros y chamanes del Atrato y del San Juan habían conseguido con sus artes de misterio y su sabiduría sobrenatural quitarle hasta las penas del alma a Martín Carabalí, ninguno había sido capaz de ponerlo en pie y hacerlo andar siquiera tres pasos. El caso, pues, constituía -según daban fe en el Atrato, en el San Juan, y en todos sus afluentes- un típico mal irremediable, y el desahucio era la única conclusión concreta y valedera para el mismo.

Agotada esa descomunal reserva de sabiduría colectiva, ancestral, eficaz, escatología pura de bebedizos, yerbas, emplastos, sinapismos, conjuros, rezos, alumbramientos e imaginería, Estefanía Caicedo convenció a Martín Carabalí de que abandonara su reticencia cimarrona y sus prejuicios montaraces y se sometiera a la prosapia inenarrable, occidental, hipocrática y aristotélica de la medicina blanca, hospitalaria, de las grageas, las inyecciones, las radiografías, las auscultaciones, las consultas, las fisioterapias, las fisiatrías, las traumatologías y las ortopedias, las ecografías y las incapacidades certificadas.

Los médicos, generales, particulares, públicos, especialistas, y las enfermeras, generales, auxiliares, profesionales, superiores e inferiores, todos a una según los dictámenes de su ciencia y las reservas de los bolsillos de Estefanía y Martín, prescribieron, diagnosticaron, examinaron, recetaron, mandaron, hicieron y deshicieron, probaron y reprobaron, aprobaron e inquirieron, recomendaron, ordenaron y explicaron que

no, que muy raro, que sí de pronto, que tal vez, que quién sabe, que posiblemente, que hay que esperar, que etcétera y que, por favor, que Martín Carabalí ya tenía que estar bien, que en todos los exámenes se veía, que el físico, que el químico, que el radiológico, que el ecográfico, que todo lo indicaba y que entonces qué pasaba, que pusiera un poco más de su parte, que él era capaz, que su cuerpo estaba bien ya, que quizá era su alma... Pero el dolor no cesaba y, por el contrario, se le habían añadido otros, provocados por la alta dosis de droga que en ese año de ires y venires, de clínicas y hospitales, de consultorios y laboratorios, había ingerido puntual y aplicadamente, abandonado por completo a los tratamientos, aunque con una actitud más parecida a la constancia que a la fe.

Trismila Ocoró respiró profundamente. Con una parsimonia ritual se quitó una a una las prendas metálicas que pudieran interferir el canal de sus energías durante la sanación. El relojito anacrónico, la cadena de plata que había recibido de su mamá en el instante de su agonía final, la pulsera liviana de oro trenzado por un orfebre condoteño, los zarcillos de virgen apacible, todo quedó sobre la mesita rústica donde la lámpara de querosín alumbraba los minutos y las horas de la convalecencia de Martín Carabalí.

Con una ternura andina, una paciencia africana y una solicitud sanjuaneña, Trismila Ocoró se frotó las manos, cerró los ojos, tosió y empezó su trabajo. Con su mano izquierda y suave de ancestro campesino le tomó el pulso al negro tendido bocabajo, mientras con la derecha se iba desplazando sin tocarlo por los recovecos de su espalda ancha, musculosa, firme como la determinación de

curarlo que tenía Trismila Ocoró. Martín sintió que le renacían ansias olvidadas en cada pedazo de carne que recibía el baño de energías potentes de Trismila Ocoró. Empezó a respirar con más fuerza, se fue sintiendo agotado como si hubiera canaleteado una canoa ranchada durante toda la noche, pero con unos ánimos que le alcanzaban para zamparse en un baile y morir de alegría esa misma noche si hubiera sido posible.

La mano de Trismila Ocoró cayó como una hoja seca sobre el cuello de Martín Carabalí y se deslizó pausadamente a lo largo de todo su espinazo. Él creyó que se encontraba en la otra vida, recibiendo un saludo lento de Dios o la caricia de bienvenida de un ángel femenino que debían tener en el cielo para recibir a los hombres, así como un ángel varón recibía a las mujeres con un suave golpe de ala en las mejillas. Cuando despertó, ya los pájaros del monte hacía rato estaban embullando el día. En más de doce meses, con todas sus semanas, sus días y sus noches, no había logrado dormir tanto y tan bien como aquella noche. Por eso creyó que todo había sido un sueño, a pesar de las exhaustivas explicaciones de Estefanía Caicedo, maravillada ante el portento obrado por una mujer en quien no confió cuando la vio entrar a su casa y en quien no confiaría nunca, porque si bien llegaría a curarle los males a su marido le clavaría -ya le había clavado, pero ni ella misma lo sabía- una pasión desenfrenada en el centro del alma.

Martín sólo se convenció de la verdad cuando Trismila Ocoró apareció, puntual, a las ocho de esa noche de tormenta, con un cuadro de la Mano Poderosa, tres velas y un rosario cansino pero fresco recitado en los labios.

El dos veces Carabalí, el que una vez había viajado hasta el cielo muerto de alegría en un baile de fiesteros, el que había pensado que nunca más volvería a viajar ni siquiera a la tierra de su colino en el monte, se quedó extasiado durante los cuarenta y cinco minutos que duraron los rezos de Trismila Ocoró, con la boca hecha agua ante la visión de esos labios finos, pronunciados y jugosos, que masticaban levemente cada Avemaría y cada latinajo. Estefanía Caicedo se retiró del cuarto y se fue a la cocina a calentar el café que le daría a Trismila en cuanto acabara la sesión curativa que sus manos acababan de iniciar.

Martín Carabalí Carabalí nunca jamás olvidaría el estremecimiento tan intenso que le produjo el roce fugaz y tenue de las dos manos mágicas de Trismila Ocoró, que se deslizaron por su espalda ansiosa con una profundidad tal que él sintió que le estaban acariciando el alma y no haciéndole un sobijo secreteado que le iba haciendo crecer ímpetus viriles, pero que a la vez le iba haciendo ganar una placidez muy parecida a la muerte de los justos cuando mueren en paz, en su propia cama y de pura y legítima vejez.

Un rayo descuajó el marañón frondoso del patio. Cuatro truenos, estruendosos como el parto de la tierra virgen cuando nació este mundo, cortaron el silencio que ocupaba el espacio de la mesa que separaba a Trismila Ocoró de Estefanía Caicedo mientras compartían el tinto amargo y tibio. El frío llegó a la casa empujado por el viento feroz, que doblegaba los árboles. Martín Carabalí Carabalí ronroneaba su placidez y soñaba con un cielo en

donde en lugar de nubes había manos negras de mujer, en donde los ángeles tenían labios dulces como el panelón de papaya y coco, en donde la vida era una caricia eterna y un beso prolongado hasta el infinito cercano, en límites con la buena muerte y más cerca de Dios que en una iglesia.

Cuando amaneció, Estefanía Caicedo astilló la leña para la cocina de aquel día. Comprobó los estragos del vendaval, con la mirada perdida de quien ha pasado una mala noche. Después montó la aguapanela con limoncillo en el fogón, lavó los platos en la *paliadera* y recogió la ropa para ir hasta el río a lavarla. Las comadres, las primas, su hermana de leche, su sobrina mayor, su madrastra y los vecinos le preguntaron por el enfermo. Ella les contó el milagro de su sueño recobrado y de sus dolores calmados, por el influjo indescriptible de las manos de Trismila Ocoró.

Cuando regresó a la casa, con el sol plantado en todo el centro del firmamento azul y blanco, Estefanía no pudo creer lo que vio hasta que los vecinos no le confirmaron que era cierto, que no la engañaban sus ojos, que ese era el mismo Martín Carabalí Carabalí, el que había vencido sus resistencias en una noche de velorio y la había hecho suya para siempre. El hombre estaba sentado en la cama rascándose la cabeza con ambas manos y tenía una sonrisa recién nacida en su boca de negro hablantinoso y narrador de historias inverosímiles pero convincentes por lo que tenían de experiencia vital y por la apasionada cadencia de juglar bantú con que solía contarlas.

Trismila Ocoró apareció en el mismo instante, rodeada de niños y de perros extraviados, oliendo a verbena y altamisa, con una gota de agua bailándole transparente en la mejilla derecha y una seriedad sutil de garza en empalizada. Pidió permiso a los vecinos, le ordenó a los niños que se quedaran jugando en el patio, apartó los perros de un manotazo, se sacudió la cara con las dos manos, subió los tres peldaños del tronco que servía de escalera hacia la casa, entró con suavidad al aposento de Martín, lo miró y le dijo:

- Buenos días. ¿Y a usted quién le dio permiso de sentarse?

- Mis huesos, reina -le respondió Martín, con una sonrisa a medio camino entre la socarronería y la gratitud.

Como haciendo uso de la majestad que él acababa de reconocerle, Trismila le ordenó que se acostara. Él le dijo que necesitaba ayuda. Ella le dijo que ya lo sabía y que ayuda era lo que venía dándole desde hacía tres días. Él le pidió que no se hiciera la boba, que ella había entendido. Ella se limitó a pedirle a Estefanía que ayudara a su marido a acostarse nuevamente. Estefanía lo hizo. Trismila se santiguó. Frotó sus manos. Cerró los ojos. Se concentró en el traspaso de energía sobre la espalda de Martín Carabalí, mientras le iba susurrando conjuros ininteligibles y arrulladores. Otra vez la placidez del sueño se apoderó del negro, que sólo despertó, puntual, a las ocho de la noche, cuando Trismila Ocoró regresó para darle su dosis de masajes y sobijos, que lo volverían a dormir y a hacer soñar -sin que fuera plenamente consciente de ello- con Trismila Ocoró y sus

amores sin estrenar, con sus faldas volantonas repletas de colores, con sus delicadas blusitas de algodón afortunado que ceñían sus senos hieráticos y tormentosos, con sus labios delicados de negra mandinga coronando su boca prominente, tibia y llena de dientes blancos y largos, con sus caderas rítmicas e incitantes como agua de coco, con sus manos sabihondas y lentas como mariposas de verano, con sus ojos misteriosos y serenos de virgen enloquecida y mansa, con su pubis presentido transparentado por las popelinas... en sueños delirantemente reconfortantes que se repitieron durante los siete meses que duró el tratamiento, como llamaba Trismila Ocoró a lo que Estefanía Caicedo consideraba un favor que estaba resultando demasiado caro y que Martín Carabalí juzgaba como el sueño más hermoso que había tenido en su vida y al cual sólo le faltaba la plenitud de una entrega de amor bajo la luna llena para que fuera definitivamente un sueño perfecto y eterno.

Con una terquedad valiente y convencida de cimarrón, Martín Carabalí empezó a acariciar la idea del cuerpo y el alma de Trismila Ocoró como un proyecto vital. Le ardían de placer los ojos cuando la contemplaba mientras ella murmuraba concentrada sus conjuros curativos. Las manos y la piel toda se le hacían fuego puro y la boca se le volvía agua cuando la sentía tan cerca, reclinada sobre su espalda durante los sobijos milagrosos, que hubiera podido atraerla hacia él y contarle con caricias y besos el doble milagro de su paulatina curación y de su pasión elemental, impetuosa e irrefrenable. Pero se contuvo, para no espantarla, pues sabía muy adentro de su alma que perderla ahora no sólo sería regresar a su invalidez

física para siempre, sino, además, dejar escapar una diosa negra amasada con ternura y hecha íntegramente para el amor, cuya divinidad era tan real que ni ella misma estaba enterada de su condición sagrada, como les pasa a todos los dioses, que no saben lo que son sino que son simplemente.

Al promediar el cuarto mes del tratamiento, Trismila Ocoró le comunicó a Estefanía Caicedo que éste entraba en su etapa final. Además de los conjuros, los rosarios secretos de cada primer viernes, los diarios sobijos alentadores y los baños normales de energía cósmica, Trismila Ocoró le prescribió a Martín tomas intercaladas de balsamina serenada durante nueve noches y agua de triduo pascual trasnochada, baños de punta de lanza, unturas de mejorana, caléndula y esencia de peinemono, vapores de altamisa, eucalipto y celedonia.

El viernes santo, al quinto mes, a las tres de la tarde, el velo del amor se rasgó, tronó el cielo del cuarto de Martín Carabalí y la oscuridad se entibió con la mansedumbre tímida de una caricia: Trismila estaba sobándole con aplicación la espalda, con su característica suavidad de diosa, cuando Martín se estremeció de gusto, se volteó de lado, le tomó una mano y se la puso sobre su pecho musculoso. Ella intentó retirarla, pero una fuerza interior se lo impidió e hizo que la pegara como un imán a esos músculos negros. Él le sonrió y con los ojos vivos, como recién nacidos, le indicó que lo sobara allí, justo en el sitio donde su corazón gritaba agitado. Ella atendió y su mano se movió delicada y frenética, se desplazó por el abdomen, regresó al cuello, regresó a la cara y se detuvo en seco cuando rozó los labios del negro y éstos le

besaron cada dedo haciéndoselo temblar de alegría, le besaron la palma y el dorso, el brazo alebrestado ante el ascenso de la caricia. Trismila susurró intranquila cuando la boca de Martín intentó rozarle el nacimiento de los senos a través de la hendidura de la blusa en el último botón suelto y excitante. Se replegó, abrió los ojos y le dijo que no con la cabeza. Martín frenó su avance libertario, entendió que por hoy había sido bastante, aunque insuficiente para calmar tanto sus ansias como las de ella. Trismila pensó un agradecimiento, se irguió, se acomodó la blusa, se sintió apenada por los efectos evidentes que los besos habían provocado en sus pechos promisorios y en la superficie de sus brazos, y turbada por la inocultable desazón que estaba sufriendo su espíritu de doncella. Sin embargo, los arrestos de seriedad que le eran propios le alcanzaron para concluir la sesión con dos conjuros ante la imagen colorida de la Mano Poderosa, encender un cabo de vela en el rincón donde se hallaba el cuadro, sonreír y salir sin decir nada, con los afectos cuestionados, con el cuerpo aún caliente y el alma embullada por una brisa más humana que divina.

Martín se quedó serio y seco en la cama. A diferencia de todos los días de los meses anteriores no se durmió inmediatamente. Aunque le fue fácil encontrar una posición cómoda para su cuerpo, ahora no lograba dormirse porque no le hallaba acomodo a su alma, pues sentía que no le cabía en el cuerpo y mucho menos en la cama, ni siquiera debajo de la cobija completamente desplegada. Cuando consiguió coger el sueño, por fin, era casi la media noche. Hacía ya más de cuatro horas que Trismila Ocoró se había marchado, a la prima noche, cuando el silencio del caserío había sido mágicamente

reemplazado por el primer Santo-Dios cantado a todo pulmón por las cantadoras más connotadas del lugar, a las cuales habría de unirle, aquella noche por vez primera, Trismila Ocoró, con una voz sublime y desafiante de ángel triste, con una firmeza y una tesitura de soprano africana, provocando la múltiple sorpresa del coro y de toda la gente, quienes en el primer descanso del alumbrado comentaron fascinados el prodigio de esa voz escondida durante tantos años, tan sola en la garganta de su dueña durante tanto tiempo, tan bella como una nostalgia de amor, tan cálida como una caricia, tan sagrada como un hijo en las entrañas, tan elemental y tan sincera...

Martín Carabalí Carabalí se estremeció de temor al escuchar la voz y se dedicó a distinguirla entre las demás voces cuando formaba parte del coro en lugar de dictar el canto como solista. Hasta que en una salve triste y arromanzada, donde la Virgen María lloraba por la cruz inevitable de su hijo, se fue sintiendo arrullado, suspenso en la mitad de la cama, como si cada estrofa tuviera manos y lo fuera agarrando y lo fuera llevando hasta el cielo de sus sueños, donde otra vez Dios tenía el cuerpo de Trismila Ocoró y lo recibía con unos besos literalmente divinos y le entregaba ríos y selvas y azules firmamentos y muchos peces y frutas y palmeras y calma y paz para siempre.

Cuando despertó, avanzada la mañana, Martín Carabalí se sintió como nuevo: su espíritu estaba purificado y sereno, preparado para la vida como hacía muchos meses no lo sentía. Del brazo de Estefanía Caicedo llegó hasta la *paliadera* bamboleante, detrás de la cocina, donde

estaba el tanque lleno de agua de lluvia con la que terminaría de purificar su cuerpo. Se enjabonó con una diligencia rayana en la caricia, gozó el agua chorreada con embelesos de niño, se desnudó y se secó. Estefanía lo ayudó a vestirse con la ropa que él mismo señaló: su camisa floreada de fiestero, su pantalón blanco de dril, una sonrisa abundante y coqueta, una ilusión en el pecho, un sueño de amor en el alma.

Trismila Ocoró no apareció en todo el día. Había dormido hasta las once de la mañana, para recuperarse de la vigilia y el aguardiente biche, que se habían prolongado hasta el amanecer. Se levantó soñolienta pero radiante, con ganas de vivir para poder morir algún día en la plenitud furiosa del amor, que le punzaba los deseos a esa hora. A las ocho de la noche, cumplida como los cinco meses anteriores, llegó para iniciar el sexto mes del tratamiento. Fue una noche intensa, como intensos fueron los dos meses siguientes: la energía brotaba de sus manos con una fluidez y una abundancia que hubieran sido capaces de espantar a los mil demonios, provocando un vértigo imparables de salud en el cuerpo de Martín Carabalí Carabalí.

- Como que sí es cierto eso de que el tiempo se pasa volando -dijo Martín, con deseos de iniciar una conversación que no había planeado, pero que estaba muerto de ganas de sostener.

- Eso depende -respondió Trismila Ocoró.

- ¿De qué?

- Del tamaño y el peso de las alas que uno le ponga, de la dirección del viento y de la intensidad de las ganas de volar.

- Entonces estos meses no hubieran volado tan rápido -le dijo Martín.

- Eso depende también. Depende de quién de los dos les puso las alas.

- Usted sí no, reina, tiene una respuesta para todo -dijo desconcertado Martín, sin entender si lo dicho por ella iba a favor o en contra de sus pretensiones. Por eso, prefirió callar antes que revelarles sus más desmesuradas y escondidas ansias: tomarla entre sus brazos, encender en todo su cuerpo una hoguera inextinguible de amor, hacerla suya hueso por hueso, piel por piel, llenarle el alma de pálpitos y caricias, sembrarla de vida...

Trismila Ocoró le leyó los pensamientos y su cuerpo se conmocionó interiormente, a la vez que sostenía con sus ojos una guerra exterior de nervios contra los ojos ávidos de Martín Carabalí, los cuales la recorrían sin cesar, de cabo a rabo, clavándole en la frente pensamientos nunca antes por ella pensados, poniendo en aprietos sus reservas de doncella madura y frágil y asustada y feroz y endiabladamente hecha para volver a inventar el amor en una sola noche, la cual llegó el último día del tratamiento, cuando la concentración de sus energías mentales y corporales terminó de reparar completamente de sus males al negro Martín Carabalí y la hizo llegar a un éxtasis tal que terminó exhausta y cuando regresó completamente al mundo de aquella piecita en

penumbras, donde una vela agonizaba atravesada por rayos de luna que dibujaban en las paredes de palma las siluetas nítidas de los dos, se encontró retractándose del abrazo agradecido e impetuosamente tormentoso del negro Martín Carabalí, quien la ciñó por la cintura y con sus manos hábiles y cargadas de experiencia, con su alma de soñador y sus labios de cuentero, le fue recorriendo lentamente cada sitio del cuerpo, como si recorriera ritualmente los espacios de un santuario, con la fe de un escalador de montañas, con la persistencia tierna de un revolucionario, con la sensibilidad de un amante eterno...

Estefanía Caicedo percibió como la ráfaga de un trueno la realidad inevitable. Se paró de su silla *mariapalito*, olorosa a madera fresca y de sabia manufactura atrateña. Bajó la escalera del corredor, donde había permanecido sentada las últimas cuatro horas con las esperanzas trastornadas, pisó la orilla empantanada, subió a su canoa, se santiguó, remó en silencio y se perdió en la clara distancia de la media noche, rumbo hacia el velorio de su primo Alquibaldo, sin haber decidido qué sería de su vida después de esa y las restantes nueve noches que pasaría rezando, bebiendo y durmiendo, recordando y llorando.

Martín Carabalí se estremeció rotundamente cuando empezó a encontrar y a disfrutar la tierna, clara y bravía respuesta del amor en el cuerpo estupefacto y enloquecido de Trismila Ocoró, convertida en goce puro, en oficiante sagrada del rito de la pasión acabada de nacer para siempre en el templo de su cuerpo, menudo como brisa de amanecer atrateño, negro como la belleza desafiante de la selva circundante, repleto de posibilidades como la creación de un dios juguetón,

expectante cual la luna de septiembre detrás de los árboles, mágico como una palabra de amor, tierno y firme como una revolución.

Desmadejados por la dicha, cayeron sobre la cama. Trismila Ocoró se dejó llevar, temblorosa y fresca, agitada y feliz, hasta la consagración definitiva, cuando Martín Carabalí celebró en el altar sagrado de sus entrañas la ceremonia bella mediante la cual le sembró la vida con delicia, hasta hacerla sentir cercana a una muerte que cualquiera envidiaría. Sintió que sus ojos despedían más luz que la aurora y que su brillo colosal alcanzaba para iluminar el presente y el futuro, y que el cuerpo del negro Martín Carabalí Carabalí era un delicioso destello que le invadía todo el ser con una magia antigua, soñada y desconocida, tantas veces ansiada: la magia del primer amor naciendo en su cuerpo y haciéndole nacer canciones sensuales y rayos de vida en cada rincón de su piel encendida. La luna había nacido en los ojos de Trismila Ocoró. Ahora podía morirse tranquila. Entonces se sentó a esperar que esto ocurriera y a descansar de la entrega plena, primera, satisfactoria, ignorando que no moriría hasta que sus entrañas no parieran el hijo de aquel amor intenso y único que había compartido por primera y última vez en su vida con Martín Carabalí Carabalí.

El último vestido de Estefanía Caicedo.

Con torpezas de cucaracha moribunda, aunque con su ternura promisoriosa de arco iris, Estefanía Caicedo decidió esta mañana regresar en busca de Martín Carabalí Carabalí, el padre de todos sus hijos, para comunicarle la noticia de que ahora sí deseaba, con el ímpetu imbatible de quien ha sido derrotada pero ha conservado la vida, parirle una hija tal y como él la quería, con unos ojos en donde anidara la luz de la luna y una gracia inobjetable de estrella matutina.

Puso a funcionar, con sus ojos de reina atrateña, la magia del espejo, para que este viejo cómplice le devolviera la certeza de su cuerpo intacto a pesar de los nueve primeros hijos, la ilusión firme de sus senos atractivos a pesar de esos cuarenta años de pasión y bullerengue interminable, la curva deliciosa de sus piernas diablas para el baile, la destreza torneada e incisiva de sus caderas portentosas, la majestad acunada y aún florecida de su pubis estruendosamente bello, profundo, misterioso y ávido. Acarició con sus ojos esa belleza intacta de cenicienta y en su alma revitalizada después de la purificación de tanto llanto fue creciendo nuevamente el deseo de llenar de vida su vientre con esa deliciosa simiente tantas veces regustada de su pacífico príncipe negro, Martín Carabalí Carabalí, el que se había desenfrenado ante la magia de Trismila Ocoró, clavándole una flecha de tristeza en todo el ser, pero al que con tantos ardores había amado durante tantos años de su vida, incluidos los meses en los que se dio a la parranda con el negro Trébol Balanta Mina, cuando hasta

su hermana mayor llegó a creerla una vagabunda de siete suelas.

Disfrutó un buen rato de la sostenida perfección de su cuerpo ansioso de sentir a Martín regándole con delicia las flores del placer, abonando aplicadamente sus entrañas para sembrarlas de amor y preñarlas de vida. Se retiró deslumbrada. Se recostó en una hamaca a pensar las palabras con las que convocaría nuevamente a Martín hacia esa felicidad eterna que se estaba imaginando llena de colores irrepetibles como el atardecer que encandilaba a los peces al morir el sol dentro del río, con una hermosura parecida a la de la justicia del pan en la boca de todos, semejante a la sonrisa primera de un recién nacido que ilumina la contemplación de su madre con una luna en cada ojo. Planeó cada detalle del vestido que mañana empezaría a coser en la máquina de su abuela, con esa tela panameña colmada de colores vivarachos, que había comprado la noche anterior en la lancha que venía de Cartagena poblando el Atrato de toda clase de mercancías y canciones vallenatas, trayendo noticias de los últimos inventos del hombre, y periódicos viejos con los que la gente tapizaba de historia desechable las paredes de sus casas. Estaba tan contenta que se puso a bailar mientras tarareaba “La Máquina”, una canción del folclor, que había compuesto un primo suyo hacía muchos años y que siempre la hacía sonreír porque decía que “mi abuela tenía una máquina que no cosía de vieja”, cosa que no le pasaba a la máquina que ella había heredado de su abuela, a la cual más bien se le acomodaba la parte final de la canción, que ella no tarareaba sino que gritaba, donde se reconocía que “cose como un huracán la máquina de mi abuela”.

Mientras cantaba y se movía en la penumbra del cuarto inundado con los colores de la muerte del sol, Estefanía Caicedo Cuero se imaginó cada uno de los detalles de su vestido y presintió los arpegios de su cuerpo al ser engalanado por el mismo. Bailando con una mano en la cintura, como si estuviera haciendo jarritas de descanso, pensó en su talle ceñido, en el amplio vuelo de la falda a media pierna, insinuando sin mostrar, invitando a transponer el umbral sin abrir del todo la puerta... Sintió que la tela sobre el busto le pintaría colores de fuego en sus senos cundidos de ganas acumuladas, y que la cremallera larga haría hervir con sus dientes el deseo en el canal de su espalda sedienta de besos.

Al día siguiente despertó temprano. Luego de un desayuno de plátano cocido a la carrera y queso pasado por agua caliente, después de un baño prolijo a la orilla del río, donde los niños apostaban carreras con las piedritas panchas que lanzaban describiendo saltos por encima del agua, Estefanía Caicedo se entregó a la costura con frenesí, con el delirio poseso de quien teje un manto sagrado.

Cuando dieron las cinco de la tarde y el sol detrás de los árboles, en la otra orilla del río, imitaba sobre las nubes los furiosos colores de su vestido, Estefanía empezó a darle los últimos toques manuales a su traje de luces. La máquina de coser simulaba un monstruo inteligente y exhausto en su metálica y cabezona quietud de aparato viejo, con su anacrónica manivela como un auricular que transmitiera las precisas instrucciones de la mano de su dueña hacia los mecanismos interiores que la hacían

funcionar, con su aguja a medio alzar como un solitario y fino colmillo capaz de producir maravillas en las telas con su mordisco continuo y sordo de estilete. A la luz de una lámpara de querosín, Estefanía le cosió al pecho del traje una coqueta línea vertical de botones diminutos y nacarados, que a duras penas lograban destacarse con sutilezas de oropel sobre el incendio de colores de la tela. Remató con paciencia de domingo el dobladillo de la falda amplia como su determinación de terminar el vestido esa misma noche. Se desnudó en el cuarto oscuro, que apenas alcanzaba a percibir por las rendijas de la palma breves rayitos de la luz de la lámpara de la sala, y se midió el vestido, que casó perfectamente sobre su cuerpo, con la precisión con la que desaparece la última estrella en la madrugada sin que uno se dé cuenta, forrándolo casi con pasión, como abrazándola, como si esa tela hubiera estado esperando toda su vida el momento de ser convertida en vestido para posarse como una caricia envolvente y total sobre cada pliegue de esa figura monumental de la negra Estefanía Caicedo Cuero, la reina del bullerengue.

Se cambió de ropa nuevamente y con la plancha de carbón retiró con tino cada arruga del traje recién cosido, dejándolo listo para el otro día, cuando emprendería el viaje de regreso a los brazos y a la vida del negro Martín Carabalí Carabalí, el único hombre que la había hecho soñar despierta en esta vida, el único hombre que fue capaz de hacerla sentir con la sola mirada que su cuerpo era una inmensa cantera de posibilidades. Con ese hermoso vestido vestiría su decisión. Así se lo iba a comunicar a su prima por la mañana, cuando le anunciaría que se marchaba en el primer bote que pasara.

Durmió como una niña que se acuesta agotada por la alegría vivida durante todo el día. Cuando apenas empezaba a despertarse, pensando vagamente en lavarse los ojos y las mejillas para pasar adonde su prima con la noticia de su regreso hacia los confines bellos de la casa donde había hecho nacer la vida junto a Martín Carabalí Carabalí, la terminó de sacar del sueño la propia voz de su prima, quien llegaba aspaventosa, empujaba la puerta de la sala y penetraba en el cuarto con la noticia urgente - que según ella le había dado un boga madrugador que subía con su canoa cargada de pescado con rumbo a Quibdó- de que Martín Carabalí Carabalí se había ido para siempre del Atrato con destino hacia su pueblo natal en el misterioso Pacífico Sur, después de tantas noches en las que la ausencia de Estefanía Caicedo le había quitado el sueño hasta convertírsele en una sola vigilia prolongada, contundente, aterradoramente llena de recuerdos y deseos marchitos, imaginándose despierto las razones ocultas de esa sinrazón dolorosa que para él había sido la pérdida de Estefanía Caicedo en los brazos de su amigo Trífilo Balanta Mina. Según había contado el hombre -le contaba la prima a Estefanía-, Martín, durante los días anteriores a la partida hacia lo que sería su olvido definitivo de derrotado de la vida, se había dedicado a hablar solo y a gritar en voz alta -como contándole a todo el pueblo- que anoche había vuelto a soñar con la diabla y que la diabla lo llamaba y lo incitaba con indiscutibles atributos de hembra ardorosa, enfundada en un hermoso vestido repleto de colores como un atardecer de verano, ceñido en el talle, resaltando el busto, rematado por una falda volantona y apremiante, con una fila de botoncitos nacarados sobre la

hendidura del pecho y con una larga cremallera atravesándole la espalda de palmo a palmo; y que por eso él mejor se iba, lejos, donde la diabla no pudiera alcanzarlo nunca, pues él prefería morir de soledad y vejez que ser cocinado sin miramientos, en el infierno, al fuego lento de la compasión y de la intransigencia pertinaz de una traición.

16 Uno.

*“Padeces en el olvido
desde el momento de tu creación,
representas la pobreza,
la pena y la marginación...”*
(De una canción chocoana).

Cuando el abandono paulatino, inesperado, concreto, de Estefanía Caicedo Cuero le abrió más que un boquete, una tronera, en su alma de negro errante venido a menos, por donde se le fue desangrando el ansia de vivir y de ser, por los tiempos en los que un vendaval furioso, un terremoto gigantesco y letal y una creciente impetuosa le cambiaron el curso al Río Atrato, mientras su madre había empezado a morir definitivamente e irremediablemente, con una tristeza seca y con su comadre Filomena Arará como compañeras en el viaje final, Martín Carabalí Carabalí concluyó que uno termina pareciéndose a la tierra de uno. Su pusilanimidad delirante lo estaba conduciendo a la eternidad de la desdicha, siempre despierto en las noches largas, mientras Estefanía Caicedo dormía con placidez a su lado, pero ausente de él; en su misma cama, pero lejos de allí, volando hacia el país de fábula que para ella y con ella había creado Trífilo Balanta Mina.

Martín se levantó aterrado, al comenzar la segunda mitad del día, después del temblor que abrió la tierra y tumbó las casas de la orilla del pueblo, ante la precisión irrefutable, ante la certeza irrefutable de que, en serio, de verdad, verdad, ¡por la hostia santa!, uno termina pareciéndose a la tierra de uno tanto como una gota de

lluvia se parece a otra. A partir de entonces, dedicó las horas exasperantes de su interminable vigilia de negro insomne a examinar los principios de verdad de su constatación vital.

Esa noche pensó en su piel: negra como la profundidad de la tierra y de la vida que en ella nace; negra como las noches en las que la luna oculta y las estrellas dormidas no son más que presagios de tormenta, largos y tortuosos bostezos de la tierra que anuncian el ímpetu de los truenos y los rayos que estremecen la piel de las canoas y los brazos de los árboles, despiertan a los peces en el río y hacen tiritar los dientes de las fieras y las fauces de las sierpes en las ciénagas perdidas del monte: negra su piel como negra su tierra: uno termina pareciéndose a la tierra de uno.

En las noches siguientes, cuando sus huesos crujían desencantados, cuando su cuerpo se negaba a la libertad del movimiento, cuando su vida pareció interrumpirse, hasta el momento redentor de la aparición de Trismila Ocoró y de su determinación de regresar para siempre al lado de su río Naya y de su madre, Martín Carabalí Carabalí despachó el expediente de su verdad paso a paso: uno termina pareciéndose a la tierra de uno, aunque uno no lo quiera, aunque uno no lo sepa, aunque a uno no le guste o no le parezca.

Observó su abandono patente, inobjetable como el momento de la muerte. Lo vio igualito al de su tierra: como a él, a ella sólo le paraban realmente bolas en los momentos de crisis y en los casos de tragedia: incendios, terremotos, paros, escándalos, llamaban la atención hacia

su tierra; como ahora el incendio de sus ilusiones vivas, el terremoto de su desespero que le sacudía y le cuestionaba la vida entera, el paro de su cuerpo reacto a la dinámica de su ancestral errancia, el escándalo de sus lloros nocturnos y sus quejas sin antecedentes, convocaban la atención y los cuidados de la recelosa Estefanía y de la corte de parientes que lo habían considerado siempre un Carabalí invencible y, por lo mismo, nunca se habían preguntado por sus angustias interiores, sino que habían respondido solamente a sus alegrías exteriores: definitivamente uno termina pareciéndose a la tierra de uno, fue nuevamente su cansina conclusión.

Vislumbró el olvido al principio y al final de su vida, aunque sin presentir que su muerte sería más el producto de su propio olvido que la consecuencia de un ciclo natural.

Como sucedía con su tierra, Martín Carabalí Carabalí vio cómo de él nadie se acordaba más que cuando lo necesitaban. A su tierra la recordaban, la vitoreaban y la revestían de importancia cuando necesitaban saquearle sus minas fabulosas, sus bosques inagotables, sus ríos irrefrenablemente pródigos, sus entrañas totalmente exuberantes. De él todos se acordaban cuando requerían una fantasía y una ilusión para vivir, las cuales él les prodigaba con sus cuentos ancestrales de juglar pacífico y negro, con su sabiduría fecunda de griot; de él todos se acordaban cuando les era precisa una alegría fiestera, una memoria cimarrona, un antídoto contra la desesperanza. Entonces lo exprimían, en noches y mañanas de inspiración y rumba, en jornadas de patio y dominó, de

charla va y charla viene, de “*oiga mano, usté sí está sobrado*”, de exaltación y paroxismo; las cuales, una vez culminadas, desembocaban en una soledad hiriente, llena de insatisfacciones, incompleta, cargada de desilusiones como la atarraya vacía de un pescador desafortunado... Igual que sucedía desde siempre con su tierra verde y negra de ríos, bosques, quebradas, oro, miseria, platino, soles y aguaceros, pescados y animales de monte, amaneceres divinos y atardeceres de fantasía intransigente y enloquecedora: uno termina por parecerse a la tierra de uno, se dijo callado el viejo machetero heroico, el andariego e inerme Martín Carabalí Carabalí.

Revisó, noche tras noche, los frutos de su tierra: el oro aquilatado le hizo brillar los recuerdos con la fugacidad de una culebra de agua; las escamas de tantos pescados que había visto desde su niñez le platearon las sienes repletas de pensamientos azarosos; la fortaleza irreprimible de los árboles de tanta selva le transmitió la cordura necesaria para seguir pensando sin llegar a la demencia; el olor reconfortante de los marañones en flor, la caricia leve y dorada de los chontaduros deshaciéndose en las bocas de la gente del litoral, la candidez agridulce del borojó, la sencillez escondida del árbol del pan, la pegajosa sabrosura de los caimitos, toda la deliciosa complicidad frutal de su tierra lo llevó a un éxtasis fecundo, que se unió a la punzante urgencia de una premonición dolorosa: sus propios frutos, hijos de su amor único con Estefanía Caicedo Cuero, crecerían sin porvenir, como los frutos de su tierra, cuyo porvenir indigno era el servicio a la voracidad insaciable de los mismos depredadores; prueba adicional de que, en realidad, sin lugar a dudas, uno termina pareciéndose a la

tierra de uno, compadre, y eso no lo para nadie, así haya nacido con virtud.

Como aquella otra noche de aguacero en la que Estefanía lo encontrara tendido en el petate, reducido a una de sus más mínimas expresiones a causa de los estragos cataclísmicos de una desilusión incubada desde que descubrió que perdería a su mujer, Martín Carabalí Carabalí contempló el paso lacerante de sus hijos a través de su memoria aletargada de vencido. Uno tras otro, sin que él pudiera precisar si eran nueve o diez -tal y como le sucedió a Estefanía en esa otra noche- desfilaron por sus pensamientos: Juan de Dios, el mayorcito, tira-piedras, busca-pleitos, ya pescador de vara y anzuelo, cazador irredento de pájaros bellos e indefensos, metido-a-grande y hombre-viejo, a quien había llamado así en memoria de un viejo compañero de machetería cimarrona que le había hecho prometer -por allá en el Patía Viejo- que le haría el regalo póstumo de bautizar a un hijo suyo con su propio y sagrado nombre, heredado de un tatarabuelo palenquero de Uré, que dizque había militado en una de las tropas móviles de Juan Brun y había sido lugarteniente de Benkos Bioho, El Invencible. Sinecio, honor de honores en recuerdo de su jefe y compadre de cimarronería contra los Arboleda, inquieto y feroz, peleador y pampero, boga casi experto a sus nueve años, rajador de leña eficaz, cazador de mariposas y grillos, escultor de barro y peña, explorador de pantanos misteriosos e incrédulo de pejesapos y rayas venenosas. Trífilo, recuerdo onomástico de una vieja amistad venida a menos, ocho años de gripas, viruelas, pestes, paludismos, tabardillos, calenturas pasajeras, lombrices, cortadas de pies y manos, pedradas en la cabeza, palabras y palabras de vulgaridad

adulta. Ernesto, cuarto eslabón de una cadena de amores que parecía irrompible en aquella época, conciencia pura condensada en siete cortos años, fabricante de historias como su padre, constructor de lanchas y barcos de balsa y papel, amante de los pocos signos escritos que en el pueblo aparecían, ya fuera en carteles electorales, ya fuera en envoltorios periódicos de provisiones procedentes de la ciudad hasta donde esta orilla perdida podía llegar si uno quería y podía, nombre profético que había escogido para seguir perpetuando la nobleza y el valor de un bisabuelo de su bisabuelo que había sido brujo, rezandero, cuentero, cimarrón y muerto heroico en los Montes de María, cerca del Mar Caribe, y que había venido a dar por estas tierras desde la misma África, donde un pueblo se quedó sin griot el día en que él desapareció misteriosamente. Aníbal, bautizado en una juma feroz por su padrino y homónimo, aún antes de que naciera, en una Fiesta de la Candela, cuando la inspiración de Martín todavía le alcanzaba para parrandear nueve noches con sus días. Inocencio, la viva imagen de la ternura negra, con sus ojos saltones y sus cachetes lisos, con su pecho al aire, con su carcajada imprevista y contagiosa, con su mirada coquetona y su nombre heredado de una abuela guapireña. Martín, El Repetido, como lo llamaban desde que nació, por la obvia supremacía facial de la genética Carabalí en su ceño adusto pero feliz, en sus cejas sobresalientes, en su cabeza rala, en la profundidad inenarrable de sus ojos negros, cuyo nombre el mismo papá había escogido a raíz de un sueño en el que su compadre Hermencio Tunay le decía que si no nombraba Martín a uno de sus hijos, pronto, ya mismo, su nombre y su figura se borrarían para siempre de la memoria de los hombres del pacífico

litoral por donde había transcurrido su vida, cuando muriera a causa de su propio olvido en la ruta de regreso hacia las orillas de su infancia. Hermencio, gratitud nominalmente obvia hacia ese indio viejo y sabio que siempre le revelaría la verdad de sus sueños, infantil revoltijo de palabrería con sus tres años que orgullosamente marcaba mostrando al aire los cinco deditos de su mano, en la orilla del río donde su talante de solitario encontraba la sede perfecta para sus ilusiones de navegante, las cuales alimentaba viendo pasar las lanchas, canoas y piraguas que atravesaban su retina poniéndole brújulas y mástiles, canaletes y timones a su alma recién nacida de Carabalí auténtico, de bailarín gozoso, de oteador de horizontes. Y Saturio, el chombito, dos añitos llevando en su ser recién nombrado la memoria de un negro fusilado cuando nació el siglo como castigo blanco a su pasión por la igualdad, como escarnio infamante por sus ilusiones de humanidad para todos: el chombito Saturio, seca-leche, cara de ángel orillero, con sus ojitos repletos de luz como un atardecer de fuego atrateño, con un rayo de evocación en su mirada aún imprecisa, que le hizo remover a Martín Carabalí Carabalí el recuerdo de su frustrada ilusión de coronar su decena de hijos con una hembrita fina y sólida cuyos ojos tuvieran la luz de una luna llena para que le iluminaran la esperanza de vivir hasta verlos a todos libres... Los nueve hijos todos posibilidad, como los frutos de su tierra, que nacían para lo posible pero terminaban en lo imposible, le removieron las penas, hasta las más antiguas y olvidadas, en la penumbra moribunda del amanecer, lo hicieron llorar nuevamente por la desilusión del panorama de su tierra de frutos saqueados y de su vida de hijos nacidos

para la servidumbre si las cosas no cambiaban, pues uno termina pareciéndose a la tierra de uno.

Con la irrupción del nuevo día, Martín Carabalí Carabalí cerró los ojos cansados, cedió a los requerimientos del cansancio y se entregó a un sueño reparador que resultó reconfortante, en el que su tierra tenía la transparencia de una ilusión y la capacidad probada, durante cinco centenares de años, de resistirlo todo y sobrevivir a pesar de los desengaños. Pero la realidad de la vigilia lo sacó de la magia de ese sueño hermoso y lo postró nuevamente a los pies de la imposibilidad de construcción de futuros dignos, lo prosternó ante el altar de la incredulidad y la cobardía, lo arrodilló frente a la imagen de la desesperanza irremediable: consciente de que uno termina pareciéndose a la tierra de uno; pero también de que los papeles se pueden invertir y uno puede hacer -también sin quererlo, por obra y gracia de su vida- que la tierra de uno se parezca a uno, Martín Carabalí Carabalí lloró en la soledad de su cuarto mustio, sin interrumpir el sueño altanero de Estefanía Caicedo Cuero, y supo que era preferible morir antes de que su tierra terminara pareciéndose a lo que él era hoy, por lo cual debía evitarlo y por ello emprendería ese viaje sin retorno y sin final hacia su pueblo natal, luego de haber conjurado con displicencia y terquedad la mala hora de sus múltiples sueños rotos junto a Estefanía Caicedo y su decisión de dejarlo tirado en una orilla de la vida, luego de haber superado la pasajera fantasía de sus ilusiones resucitadas junto a Trismila Ocoró, para, finalmente, no alcanzar siquiera a llegar al entierro de su madre, que murió a la misma hora que él, en el mismo instante en el que escuchó su grito de agonía en la distancia inmensa y

luego de haber comprendido ella misma, en su soledad final, que tenía razón su comadre Filomena Arará cuando decía que uno termina pareciéndose a la tierra de uno, que todos los días entrega sus frutos a la muerte, aunque también todos los días es capaz de dar a luz nuevamente la vida.

Asusta tu memoria, Estefanía.

Asusta tu memoria, Estefanía Caicedo Cuero, reina del bullerengue de mi vida de doble Carabalí, ardor hecho negra al que un amanecer le escribí en el cuerpo cuentos con final feliz, con besos por versos y caricias como frases, con el ardor de un juglar, con la dedicación de un sabio, con la deliciosa lentitud de una quebrada mansa en medio de la selva.

Asusta tu memoria, Estefanía Caicedo Cuero, reina del bullerengue de mi vida de doble y orgullosamente Carabalí, porque viajé incansablemente por todo el territorio de tu cuerpo sin anclar en un solo puerto, pues en todos ya estaba izada mi bandera antes de que te fueras, haciendo de cada rincón de esa geografía corporal tuya una zona franca para mis ímpetus de amante jubiloso.

Asusta tu memoria, Estefanía Caicedo Cuero, reina del bullerengue de mi vida de doble y conscientemente Carabalí, porque con la agilidad irrefutable de tus dos piernas fui capaz de atrapar y domesticar un baile negro para llevármelo al cielo y poblarlo de tambores para siempre.

Asusta tu memoria, Estefanía Caicedo Cuero, reina del bullerengue de mi vida de doble e irrenunciablemente Carabalí, porque con vos y junto a vos, en vos y desde vos, ante vos y contra vos, de vos y para vos, según vos, sobre vos y tras vos, sembré al Atrato de Carabalíes que aman a la libertad con una pasión negra capaz de retirar

el velo que cubre a la luna cuando las nubes sienten envidia de su belleza incitante como la de un marañón maduro mordido con la ternura de unos dientes de leche asomándose en la boca de un niño.

Asusta tu memoria, Estefanía, porque en tus labios encontré una razón para mis besos y en tu vientre tenaz un argumento para entender la belleza de la vida.

Asusta tu memoria, Estefanía, como asustan los mejores recuerdos de un niño cuando pierde su niñez, al encontrar en ellos la conmoción telúrica de la primera travesura feliz.

Asusta tu memoria, Estefanía, por todo lo que encuentro en ella de inocencia y regocijo, por todo lo que en ella me habla del verdadero sabor que tiene el sonido de la lluvia en las mañanas o de la textura inexplicable de un atardecer abrasado de colores ahogándose en la placidez del río.

Asusta tu memoria, Estefanía Caicedo Cuero, reina del bullerengue de mi vida de doble, orgullosa, irrenunciable y conscientemente Carabalí, como asustaría tener la luna entre las manos y al pie de los ojos, como asustaría poder tapar el sol del mediodía para poder ver mejor ese par de lunas que son tus ojos, como asustaría encontrar en la piel una verdad de amor indeleble como el paso del tiempo sobre las piedras del río, como asustaría que entraras en este momento con tu apostura de niña tímida y tus brazos totalizantes, con la frescura de las gotas de agua deslizándose sobre la superficie de tus senos recién bañados o perdiéndose entre tus piernas, como cuando

salís del río súbitamente como si estuvieras naciendo del agua cada vez que lo hacés, como sólo vos lo hacés, como hacés vos todas las cosas, que siempre me parece que acabás de inventarlas o descubrirlas, así como yo, ahora, lejos ya de vos, pero inscrito en vos irremediabilmente, hago memoria de vos y te cuento que asusta tu memoria, Estefanía Caicedo Cuero, reina del bullerengue de mi vida: sí, asusta tu memoria, Estefanía.

**Siento miedo frente a tu recuerdo,
negro endemoniado.**

Siento miedo frente a tu recuerdo, negro del demonio, doble Carabalí que me embrujaste para siempre en esa noche de velorio en la que con tus ojos negros de encabildado y cuentero sellaste con mi cuerpo un pacto eterno que ahora me atraviesa el alma sin darle tregua a mis desesperanzas de mujer.

Siento miedo frente a tu recuerdo, Martín Carabalí Carabalí, pacífico negro viajero, porque tu barco vital atracó en mi puerto y ahora no puedo arriar tu bandera, por más que recurro a toda la cordura tierna que sembraste en mi alma bailarina de reina del bullerengue de tu vida.

Siento miedo frente a tu recuerdo, negro melaza fresca de todas mis amarguras, porque cada vez que tus brazos me abrazaron me grabaron con fuego y delirio huellas indelebles de amor en las entrañas.

Siento miedo frente a tu recuerdo, Martín, porque en tus manos fue sensación pura y sublime cada uno de los milímetros de mi cuerpo de negra enamorada, y se hizo purificación gozosa todo mi ardor descubierto por tus dedos hábiles habitando rincones ignotos de mi humanidad y haciéndolos eternamente felices.

Siento miedo frente a tu recuerdo, negro mío, porque mi boca aprendió de la tuya a hablar sin palabras idiomas nuevos, en conversaciones fluidas cada noche, siempre

con temas nuevos e insaciablemente provocadores de mis mejores intervenciones de hembra perpleja, como perplejos y encantados quedaron mis senos cada vez que les hablaste al oído y les contaste los más recónditos secretos de las artes del amor.

Siento miedo frente a tu recuerdo, negro de todos los diablos, porque en mi espalda cundió el sobresalto cada vez que la poblaste de besos y la colonizaste con tus caricias inventadas para mí, haciéndome llover ríos de gozo en las entrañas ávidas.

Siento miedo frente a tu recuerdo, navegante negro de la confluencia de mis ansias, pues con tus manos repletas de dedos sagaces y con tu empuje delicioso de varón hermoso y tierno y con tu lengua hablantina y flexible desbordaste cada vez que quisiste el dique impetuoso de mis deseos, convirtiéndome en fluido lago expectante de tus excursiones, tus idas y venidas, tus entradas y salidas, que siempre, sin falta, aún en las noches de tormenta, me llevaron hasta las cumbres más elevadas del placer, haciéndome girar la vida sobre el eje de las sensaciones, convirtiéndome en acezante murmullo y en grito estruendoso y en agitación como de terremoto corporal y en felicidad sin límite y en ascenso continuo hacia una deliciosa muerte pasajera en la que hubiera podido quedarme si no supiera que encontraría más delicia regresando a la vida para volver a morir en tus brazos.

Siento miedo frente a tu recuerdo, negro fecundo, polen de mi cuerpo, porque en mi vientre sembraste la vida con precisión, puntualidad y estremecida alegría, cada vez que la naturaleza nos convocó en esos amaneceres suaves

y tibios de nuestro Atrato lento y hermoso como el llanto pertinaz del cielo en los inviernos de marzo.

Siento miedo frente a tu recuerdo, Martín Carabalí Carabalí, porque mis piernas temblaron bajo el influjo sereno de tus besos carnosos y tenues, como tiemblan las guaduas de la orilla tras el paso de las brisas del verano sobre la piel encrespada del río.

Siento miedo frente a tu recuerdo, negro del demonio, pacífico viajero de mis mejores rutas, trochador de la selva de mi vida, que cruzaste los esteros confusos de mi pasión de hembra con tu canoa erguida y enloquecedoramente profunda, que navegaste con pericia los caños cristalinos de mis entrañas remando con ternura hasta llevarme al seguro puerto del éxtasis.

Siento miedo frente a tu recuerdo ahora que te has ido hacia el olvido, pues sé, negro pacífico con quien viajé al cielo para poblarlo de tambores, que en las noches vos serás la luna que hará brillar mis ojos y al amanecer no habría sol si vos no hubieras estado durante tantos años llenándome la vida con tus históricas caricias de cimarrón hasta hacer de mí un territorio inexpugnable al que sólo es posible acceder portando el estandarte ancestral de la condición Carabalí; esas caricias insurrectas que me liberaron de lo finito y me hicieron eterna, aquí en este pedazo de Atrato donde crece tu recuerdo frente al cual siento miedo, cual canoa celosa en el cabezón violento y correntoso de un río minero, cual brujo agonizante que recoge sus helajes y conjura sus misterios para convocar a la muerte infructuosamente, cual pájaro maicero ante la inminencia contundente de una cauchera infantil, cual

ilusión que se despedaza ante la inobjetable irrealidad del olvido para siempre: la propia muerte en vida que ahora marchita mis fuegos, mis ansias, mis arrecheras crudas y mis sabrosas calenturas de hembra, frente a tu recuerdo, doble y hermosamente Carabalí, Martín, negro mío, en cuyos brazos portentosos y en cuyo cuerpo de fantasía encontré la razón de ser que ahora he perdido, como si no tuviera un cuerpo en el cual enfundarme el más lindo vestido que pueda uno coserse en la vida: ese como aguacero refrescante al cual llamamos felicidad, que tiene la justa tranquilidad de un río y la agreste esperanza de una creciente inesperada, tan parecido a la eternidad de la sonrisa de un niño, que provoca mecer el alma y cantarle canciones de cuna hasta la madrugada, Martín.

**La solitaria muerte de Trismila Ocoró
y sus ojos inundados de amor.**

Sola: con una soledad profunda de río devastado, con una soledad incandescente de vela extinta, con una soledad sin rumbo de canoa desocupada y aguabajo, con una soledad devastadora de borojó cosechado biche, con una soledad irremediable de sardina *rabicolorada* sorprendida por la infantil travesura de un anzuelo sin carnada; cuando ya empezaba a sentir en todo su ser algo parecido a la muerte en vida ocupándole los lugares que antes le iluminara el destello delicioso del cuerpo de Martín, desde aquella noche cuando la magia del primer amor nació en su cuerpo y le preñó la piel de canciones sensuales y las entrañas con la simiente de la estirpe Carabalí Carabalí, Trismila Ocoró entendió, por fin, dos días y siete horas antes del final, que su hijo nacería y moriría a la vez, en un instante breve, compartido y disputado entre el florecimiento de la vida y la simultánea presencia irrenunciable de la muerte, y que se la llevaría consigo, irremediablemente, al territorio de los ancestros mayores, sin otro equipaje que sus dolores infructuosos de parto y el cúmulo de recuerdos que había concentrado en su vida y que ahora tenían como referente exclusivo aquella noche primera, única, última e irrepetible de pasión celebrada con el doble y orgullosamente Carabalí, Martín Carabalí Carabalí, aquel en cuyo territorio corporal había encontrado, por primera, única, última e irrepetible vez, el sentido exacto de sus ansias acumuladas en treinta años de existencia mustia sobre la líquida y selvática faz del Atrato inmenso, en cuya orilla descomunal sus manos de borojó maduro habían obrado

el prodigio de arrancarle a las manos de la muerte la existencia de ese negro hablantinoso y bello que la precedería en el camino hacia el olvido definitivo.

Sentada de cualquier manera, cansada como boga palanquero después de una jornada ininterrumpida de viaje, sudando como la tapa de una olla abandonada al hervor del agua en una cocina solitaria, desesperada como una guagua herida de mala manera por un aprendiz de cazador, contemplando desde el corredor de su rancho el atardecer inmenso y de un rojo tan intenso como premonitorio, Trismila Ocoró sintió que en sus ojos se moría la luna y en su vientre se apagaba la aurora de la vida; que en su presente y en su futuro se extinguía aquel brillo colosal que le había invadido el ser aquella noche en la que había concelebrado junto a Martín Carabalí Carabalí el más delicioso sacrificio de su vida, en el altar compartido de su cuerpo grácil e ignoto hasta entonces, cuando él obró con eficacia suma como oficiante mayor y ella se dejó llevar hasta el solemne momento de la consagración, en el que juntos pronunciaron, con todos los lenguajes de sus seres compartidos, la fórmula sagrada que convirtió en certeza viviente la posibilidad, para ella desconocida hasta entonces, de la magia del amor convertido en especie válida de comunión entre sus vidas.

Trismila Ocoró se sostuvo la cintura con las manos, abrió los ojos hacia el cercano infinito del horizonte de bosque y río de aquella orilla crecida del Atrato, en donde los yarumos reverdecían con el agua hasta el cuello y el arroz se había ahogado definitivamente, se levantó de la silla *mariapalito*, caminó dos pasos y medio. Un borbotón de

recuerdos le brotó del cuerpo y le ensanchó el alma, mientras una punzada leve, persistente, molesta, le hincaba la curvatura de piel situada entre su ombligo y el nacimiento del pubis.

- ¿Será que este muchacho se va a venir ya...? –pensó. Tomó aire profundamente, como buscando un argumento para responderse que no, que todavía no, que faltaban dos días y unas horas, lapso que, desde ese momento, poseída totalmente por la lúdica incontrolable de su memoria prodigiosa, dedicó a recorrer paso a paso la historia de su desazón, no sin antes recurrir a la portentosa energía de sus manos sabias y sanadoras, mediante un sobijo largo y tendido a lo ancho y a lo largo de la redondez prominente de su barriga templada, con el cual logró paliar la molestia, así como nueve meses antes había conseguido devolver a la vida el *sentipensamiento* todo de Martín Carabalí Carabalí, en un acto de magia impoluta como el estreno pleno de su desnudez que esa misma noche habría de llevar a cabo junto a la veterana desnudez de ese negro encabildado y cuentero que grabó para siempre la impronta del amor en su piel de doncella.

Trismila Ocoró, sosteniéndose la cintura con las manos por detrás, se dirigió levemente hacia el cuartico tibio en donde había dormido sus pesadumbres durante nueve meses. Calculó con precisión la velocidad y el grado de inclinación de su cuerpo para evitar un accidente al recostarse sobre la cama rústica en donde tantos sudores nocturnos había derramado, por todos los orificios de su cuerpo, en cumplimiento de los inevitables ejercicios de memoria física que ocuparon tantas y tantas noches durante los últimos nueve meses de su vida, que fueron

los primeros y también los últimos del irredento vástago Carabalí que retoñaba en sus entrañas. Se tumbó de medio lado. Se recogió la falda amplia entre las piernas macizas y voluptuosas. Apagó la lamparita de querosín, para que en lugar de su tenue luz amarillenta entrara al cuarto el resplandor fabuloso de la luna nueva, que acababa de posarse sobre el firmamento, justo a la derecha del sol moribundo que teñía de rojo intenso lo que quedaba de la claridad de ese día inicial de su regresiva cuenta vital. Finalmente acomodada a gusto sobre el lecho, Trismila Ocoró recorrió con sus ojos desmesuradamente abiertos las tres paredes de palma tapizadas de periódicos viejos que le quedaban al alcance de la vista. Le sobrevino entonces, de modo atropellado, con el mismo confuso sobresalto con el que las sardinitas de la orilla convergen cuando al agua del río caen restos de comida, una chorrera imparables de recuerdos de todos los tamaños, colores, sabores, texturas, intensidades y duraciones, con un ímpetu de catapulta de tal dimensión que la cabeza se le embulló, el cuerpo se le trastornó y el alma se le hizo una atarraya casi imposible de levantar por el incommensurable peso de su contenido. Intentó relajarse y lo consiguió a través del simple artificio de cerrar los ojos y ubicarse en la noche aquella, noche primera como el parto de una flor, noche única como el color de cada atardecer, noche última como la ráfaga de un sueño inconcluso, noche irrepetible como el primer beso de aquella misma noche... Y fue sólo así como pudo conseguir algo de orden en semejante estropicio de sensaciones, olores, colores, sabores, sonidos y placeres en el que se debatía su ser.

Más calmada, se rascó levemente la oreja izquierda, de

donde pendía un zarcillo único, de oro único, filigrana pura surgida de las manos inspiradas de un orfebre condoteño. Instintivamente se tocó la oreja derecha para verificar la ausencia del otro zarcillo, y entonces le sobrevino, como brisa fresca, que le acarició y le erizó todo el territorio de su piel de melaza tibia, el recuerdo de esos labios endemoniados que la rozaron justo allí, con una levedad tal que ella nunca hubiera considerado suficiente para provocarle todo lo que le provocó: como la compuerta de una represa, súbitamente arrancada de cuajo por la descarga descomunal de un rayo, aquella noche, ese beso tenue, casi tácito, le hizo fluir por todo el cuerpo una arrechera incontrolable, que le recorrió desde los callos de los pies hasta el último pelo de la cabeza. Recordó entonces que había sido justo en ese instante cuando el zarcillo había caído al piso y había rodado hasta caer exactamente por la rendija entre dos tablas del piso del cuarto de Martín; pero ninguno de los dos se había percatado de la pérdida entonces, pues había otras pérdidas y otros hallazgos más importantes que esa. Volvió a sentir el imparable viaje que con ese roce iniciático habían emprendido juntos, olvidados ya de Estefanía Caicedo Cuero, quien sólo atinaría a marcharse cuando el aire le trajo el aroma inaugural de esa pasión para ella dolorosa.

Tal y como había transcurrido, por lo menos como lo tenía registrado en su alma ahora, Trismila Ocoró reeditó con todas las memorias de su cuerpo aquel viaje por el territorio delicioso del amor. Volvieron a sus ojos las miradas penetrantes con las que Martín Carabalí Carabalí le había sembrado insistentemente en el ser pensamientos de amor y deseos para ella todavía incomprensibles.

Regresó a su boca el sabor indescriptible, como de marañón biche con sal, o de coco biche con panela aliñada, o de aguapanela con limoncillo, o de sopa de fideos con queso, o de conserva de borjón, o de *tapao* de bocachico seco, o de jugo de guayaba agria helado, del primer beso con el que Martín Carabalí Carabalí la besó por vez primera, cuando no sólo le hizo temblar la totalidad de la existencia, sino que le volvió agua pura la boca, le encabritó los pezones, le hizo sentir ajenas las piernas, le provocó una humedad creciente e imparable en el vértice perfecto donde confluían sus ansias y la hizo sentir que todos los poros de su piel, absolutamente todos, y todos los labios de su cuerpo, absolutamente todos, se abrían expectantes, ávidos, esperanzados y ardientes, con una sed que sólo atinó a relacionar con el amor cuando Martín le hizo el quite a ese ronroneo tímido y virginal con el que Trismila Ocoró buscaba decirle que no, aún a sabiendas de que todo en ella gritaba que sí, interrumpiéndola con un apretón suave y firme de manos, con esas manazas hechas de roca para las faenas de montería y que se convertían en hojas de altamisa o en alas de mariposa en el transcurso de las lides del amor; las cuales iniciaron un itinerario planificado única y estrictamente por las urgencias impredecibles, incontrolables e inefables de la hervorosa pasión que ocupaba los dos cuerpos; itinerario que arrancó en las manos curativas e inmensamente suaves de Trismila Ocoró, convulsionándole los diez dedos con todas sus falanges, arrebatándole de modo exquisito la palma y el dorso con los sortilegios del roce continuo y eficiente; continuó por su espalda, con un recorrido lento, tenue, casi imperceptible, que le hizo estremecer hasta la blusa florida, le provocó sinuosidades de serpiente

encantada en todo el torso, le aumentó significativamente la erección de los senos y le provocó en las entrañas un torrente fluido, un caudal imparable que, incomprensiblemente para ella todavía, sintió que alcanzaba a mojarle el blanco calzón por cuyas orillas empezaban a manar quebraditas impetuosas que posteriormente, extasiado por el encanto de aquel portentoso, Martín Carabalí Carabalí descubriría como portadoras de nuevos brillos para esa pelambre íntegramente negra que adornaba, del modo más bello que él hubiera visto en toda su vida de andariego, cuentero, dicharachero y amante, el sabroso acceso a esa flor rebosante de néctares cuyas delicias degustaría hasta el éxtasis.

Nuevamente, como en aquel momento que su cuerpo evocaba, sin escuchar cómo afuera los pájaros embullaban la despedida del día, sin percibir cómo crecía en el patio el aroma persistente de la flor del *galán-de-noche*, sin enterarse de cómo cacareaban las gallinas convocando el sueño y sin darse la más mínima cuenta de que la luz de la luna nueva se filtraba imparable por las soleras del techo de su rancho, Trismila Ocoró revivió los temores revueltos con las ganas que le provocó Martín Carabalí Carabalí cuando, no contento con licuarle todo el cuerpo a través del contacto de sus manos sobre su espalda y su blusa temblorosas, las desplazó hasta su cara, se la dibujó con un recorrido igualmente tenue pero tan eficaz como el anterior, que culminó en una larga y agónica caricia sobre sus labios ardientes de hembra sin estrenar en los escenarios de la pasión, la cual combinó con un abrazo enérgico que soldó sus cuerpos aún vestidos, mediante el cual y con el mismo asombro de

aquel día lejano cuando descubrió el poder curativo que emanaba de su ser, Trismila Ocoró sintió por vez primera la punzante, dura y erguida presencia de Martín Carabalí Carabalí sobre su pubis de doncella, provocándole música bailable en las caderas ardientes, conduciéndola a una secuencia rítmica inevitable y exquisita cuyo furor e intensidad se fueron elevando proporcionalmente con el furor y la intensidad de cada nuevo puerto de su cuerpo en el que Martín Carabalí Carabalí plantaba la bandera colonizadora de la nave de su amor. Fue así como Trismila Ocoró se sorprendió acezando con ímpetu creciente, cuando Martín Carabalí Carabalí llegó con las manos hasta la prominencia de sus senitos hermosos cual zapotes maduros y se los delineó milímetro a milímetro por encima de la blusa, los concitó al encuentro directo y los palpó sin cesar hasta dejárselos perplejos y encantados, desnudándose los hábilmente con una mano por la espalda, mientras la otra continuaba haciéndole nacer ilusiones en las cimas altivas y apetitosas de los pezones, que Martín Carabalí Carabalí holló con las plantas multiformes de varias decenas de besos tibios y secos, ardientes y húmedos, que culminaron con una degustación que, si por ella hubiera sido, en ese momento y desconociendo aún el porvenir de ese viaje, hubiera prolongado hasta el final de los tiempos.

La desazón de Trismila Ocoró, por la confusión de sus recuerdos y por la certeza de que éstas eran sus horas finales, había casi desaparecido por completo cuando la noche ya era plenamente noche y todo era luna y silencio. El Atrato silente movía en su cauce los aguaceros descomunales de los últimos veinte días. La selva voceaba sueños tranquilos y despertares ansiosos. Los

yarumos se habían resignado a su líquido sueño, con la cabeza asomada en la orilla del frente. El arroz empezaba a morirse por exceso de vida en el dique de este lado. El rancho era un puntico negro en la inmensidad del paisaje. Trismila Ocoró era ya, bordeando las diez de la noche, presa fácil, voluntaria y gustosa de la resurrección más o menos ordenada de su memoria fugaz e intensa de amante. Respiró profundamente, bebiéndose por las ventanas de la nariz el aire fresco que entraba por las ventanas del rancho. Sintió que sus pechos cargados, cuya leche milagrosa jamás llegaría a aumentar la vida en la vida que portaba en su vientre, estaban a punto de estallar ante la prolongada parusía de aquellas caricias indeleblemente sembradas en ellos. Y entonces recordó que Martín le había quitado totalmente la blusa, había inducido a sus manos para que hicieran lo mismo con su camisa y la había tumbado suavemente sobre su cama, en donde una vez posados se le encaramó sobre el cuerpo y la hizo repetir aquella danza inevitable de pasos deliciosamente punzantes, sincrónicamente circulares y laterales, cifrados en compases que saltaban impredeciblemente del furor a la calma, de la lentitud del pasillo negro a la velocidad de la jota careada, de los encantos del bolero a la magia provocativa del vallenato; mientras, simultáneamente, la asía por las caderas, le estrujaba los hombros, y de vez en cuando, con una periodicidad suficiente para enloquecerla del todo, le degustaba nuevamente los senos, la boca, los ojos, las cejas, el cuello, los brazos, con besitos prolongados, perfectamente calculados para que bajo su influjo fuera naciendo, creciendo y consumándose el instante supremo de la consagración de sus cuerpos al amor, el cual habría de entrar en su fase definitiva cuando Martín Carabalí

Carabalí, sabiendo vencidas todas las defensas de Trismila Ocoró, se le desmontó mediante un suave descenso de su boca por la ruta que nacía en el canal de sus senos, le hurgó con la premura de su lengua el cuenco del ombligo, le mordió el nacimiento del abdomen firme y plano y terso, le desabotonó con los dientes el primer botón de la falda y le mordisqueó el orillo del calzón, la levantó casi en vilo para subirle la cabeza hasta la almohada mullida de algodón silvestre, le terminó de retirar la falda con las manos, con un zarpazo de tigrillo recién nacido le quitó las sandalias, con besos delirantes le encendió cada uno de los diez dedos de los pies, le inspiró las piernas torneadas, y con mordisquitos adicionales le sembró de magia el territorio de los muslos, sin darle tregua, sin darse tregua, todo en uno y a la vez, hasta convertirla en un manojo floreciente de pasión, en concelebrante contemplativa que asistió a la propia desnudez de Martín, quien ágilmente se quitó los pantalones, dejando a la vista de Trismila Ocoró la fibra pura y musculosa de su cuerpo fortachón y enardecido, con excepción de aquella especie consagrable que el manto del calzoncillo ordinario no atinaba a cubrir completamente por física incapacidad para albergar en su totalidad esa asta erguida, ese tallo firme, esa palanca enhiesta con la que sembraría de vida y muerte las entrañas de Trismila Ocoró.

Trismila Ocoró se empezó a sentir culpable por la intensidad vívida de su memoria tan precisa. Sin embargo, el sonido lejano de las canoas chapoteando en la orilla, bajo el influjo de un ventarrón inesperado, retiró de su cabeza cualquier duda y le instaló en el cuerpo la evocación incontrastable del líquido sonido leve y

persistente que se produjo cuando Martín Carabalí Carabalí, luego de hacer por ella lo que ella no se atrevía a hacer, como leyéndole el pensamiento sobresaltado, la condujo magistralmente hasta la inauguración total de su desnudez compartida como una ofrenda mutua, y entonces la embistió exquisitamente, a lengüetazo puro y tierno, contra su esponjita perfectamente mullida, tupida y acuosa, como de musgo negro, entrando y saliendo, lamiendo y relamiendo, bogando y chapoteando, catando los espirituosos fluidos que manaban sin parar de esa fuente inagotable en la que se le convirtió el perfecto vértice en donde terminaron confluyendo sus deseos, construyendo de esta manera, para ambos, un beso monumental e insospechado en la imaginación de Trismila Ocoró, en virtud del cual se juntaron los labios maduros de la boca de Martín con los biches labios de su pubis furibundo, en un instante febril en el que sus entrañas se habían entregado, ya sin ninguna reserva, al proceso de licuefacción inevitable que la llevó a oficiar por primera vez durante el rito toda suerte de fórmulas, tan antiguas y eternas como el mismo amor, pero para ella acabadas de inventar y descubrir, como aquella en virtud de la cual presionó con sus manos la cabeza de Martín Carabalí Carabalí, como queriendo hundírsela en la vertiente de su entrepierna, para que se deleitara y la deleitara aún más y más y mucho más con cada quebradita que nacía del macizo de su pubis, con cada charquito tibio en donde se le empozaban los deseos, con cada gota de ese río agridulce que fue naciendo sin reticencias y que encontró afluentes y tributarios en cada uno de los poros de su piel toda, hasta convertirla a ella, a Trismila Ocoró, hasta convertirlo a él, Martín Carabalí Carabalí, en un complejo hidrográfico perfectamente

corriente por los flancos de sus piernas, desde las montañas de sus senos atribulados y plenos, desde el valle feliz de su pubis arrebatado, desde la perfecta elevación de sus caderas que cabalgaban sin parar con el lingual jinete conduciéndola diestramente hasta el atrevimiento de una respuesta similar a la caricia de Martín Carabalí Carabalí, que se convirtió en el prelude perfecto para que emprendieran juntos el trecho final de ese viaje maravilloso, que Trismila Ocoró caminó paso a paso, con levedad de canoa y con ímpetus de exploradora montaraz, desde el momento preciso en el que sintió un desgarramiento sublime, tan sublime que le sabía a gloria el dolorcito leve que le ocasionó la sabrosa y paulatina y erecta entrada inicial con la que Martín horadó sus entrañas, el cual se repetía de modo inexplicablemente delicioso con cada nueva zambullida de Martín, cada salida y cada entrada, al son de un ritmo frenético al cual se aparejó Trismila con sincronismo de bailarina experta, y que duró eternamente, hasta la eternidad de aquel paroxismo compartido en virtud del cual sus ríos, sus quebradas, sus charcas y sus humedales de hembra le bañaron íntegros el cerebro y el corazón, llenándole la vida para siempre de un sabor inatajable a *santamaría de anís*, a cilantro de patio, a limoncillo tierno, a piña madura, a caldo de *guacuco* con queso, a jugo de borjón con limón, a leche de *milpesos*... y de un aroma indescritiblemente repleto de vida, como el primer suspiro de un recién nacido cuando insufla sus pulmones con aire para reanudar su vida en esta tierra en el preciso instante en el que abandona su vida dentro de la cuna líquida de las entrañas de su madre.

Trismila Ocoró quedó ahora tan placenteramente fatigada

como aquella noche, e igual que entonces con los arrestos suficientes para concluir sobre el altar de su cuerpo, aligerado por el suntuoso retiro del peso de su doncelez inútil, lastre que se deshizo en sudores y humores que empaparon las sábanas, los cuerpos, la almohada, el colchón de paja basta, y que perfumaron el aire de aquel cuarto tibio con alientos delirantes de principios de aguacero, la consagración definitiva de la especie de su vida a la deidad sublime del amor y de la pasión. Esta vez, en su cabal ejercicio de memoria totalizadora, concluyó la ceremonia sobre la piedra de ara de su existencia preñada de recuerdos y de un hijo, retrotrayéndose al momento en el que ocurrió la separación suave, lenta, calculada, de la enhiesta presencia satisfecha de Martín, para ese momento en el camino de la exigüidad, luego del bamboleo incesante de su navegación delirante y compartida por todos los recovecos de las moradas y las fuentes interiores de Trismila Ocoró, y cesó el sublime chapoteo sonoro, rítmico, constante, eficaz, de crucero, mediante el cual su treintañez florida de hembra mágica fructificó con creces y la elevó hasta el pináculo sensacional de un éxtasis cercano a una agonía deliciosa, pero más consanguíneamente emparentado con las cumbres de la vida buena; aunque, como en este momento lo sabía con plenitud, la rodeaba la certeza de una muerte literalmente producida por el asomo de la vida dentro de su vida; chapoteo y navegación mediante los cuales se hizo el milagro de la soldadura flexible y segura de su ardentía acabada de estrenar junto al baquiano apasionamiento de Martín Carabalí Carabalí. Un gorjeo líquido de explícita satisfacción, producido en el centro preciso en donde se arremolinaban los vellos tiernos y negros del musgo

suave y delicado de su púbrica esponjita núbil, que se había explayado mediante la desmesura de sus piernas abiertas y mojadas, consumó la salida de aquel cincel delicado y apasionante con el que Martín le esculpió para siempre un monumento de amor en las entrañas ávidas de consagración y le delimitó un transecto preciso y certero que le permitió recorrer paso a paso las rutas del amor en una sola, única, primera e irreplicable noche.

Trismila Ocoró supo entonces que aquí comenzaba el final, tal y como estaba comenzando ese nuevo y para ella último día atrateño, pletórico de canoras bienvenidas, de chillidos vociferantes y de verdes nuevos y más verdes que cualquier verde, allá en la selva que comenzaba a dejarse ver del todo en el patio y al frente de su rancho solitario, escenario donde, por más de doce horas, con todos sus minutos y sus segundos, había revivido paso a paso los hitos claves de la historia de su vida, rememorando con gusto la instalación de cada mojón sensacional con el que, junto a Martín Carabalí Carabalí, había ordenado para siempre el territorio de su cuerpo, actualizándole los usos que hasta aquella noche primera, única, última e irreplicable estaban reducidos al ámbito mustio de una potencialidad ignorada.

Tal y como Martín Carabalí Carabalí se lo había revelado en el postrer reposo compartido, después del amor concelebrado, Trismila Ocoró regurgitó en su alma escurridiza la materia vívida de la luna que nació en sus ojos aquella noche:

- Ahora ya me puedo ir tranquilo hacia el olvido definitivo –le había susurrado Martín, rozándole la oreja

sin zarcillo con sus palabras abstrusas.

- ¿Cómo así? –había atinado a preguntarle Trismila.

- Así como se lo digo –había sido la repostada de Martín, refiriéndose a la incomparable satisfacción adicional que invadía su ser en ese momento, habiendo pasado lo que había agradablemente pasado, por el cumplimiento total del primer sueño que había cifrado en su ser la primera vez que miró a los ojos a Trismila Ocoró consistente en obtener respuesta a una pregunta: si así tal cual, mirando como si nada, eran absolutamente hermosos sus ojos, ¿cómo serían de hermosos portando una mirada de amor?. Respuesta que había obtenido en la primera mirada que se dedicaron, luego de su regreso conjunto a este lado profano del mundo adonde regresaron después de ese tránsito edificante por el paralelo sagrado de su consagración mutua a las divinidades del amor.

Nunca podría ya Trismila obtener aclaración para su duda sobre el significado exacto de esas palabras de Martín, pues así como en aquella noche se lo impidió el inamovible obstáculo de la ternura con la que él le silenció los labios a punta de besos y le domesticó la piel a punta de caricias, esta madrugada se lo impedía la certeza dolorosa del vientre convulsionado, que la hizo comenzar a sangrar de manera tan imparabile como la pasión de Martín le había hecho fluir manantiales sagrados por todos los orificios de su cuerpo con sus artificios mágicos y experimentados de amante antiguo y refinado. Así como durante las doce horas previas había logrado acomodarse a sus anchas en la cama y en la vida de ese rancho de esa orilla de ese río de esa selva de ese

territorio vasto y negro, cargado de historia y pesadumbre, durante las treinta y tres horas siguientes, sin un minuto de más, sin un segundo de menos, Trismila Ocoró no pudo hallarle acomodo ni siquiera a su alma. En su soledad inmensa como el paisaje infinito de aquella ribera atrateña, en donde los cedros empezaron a caer descuajados por una tempestad contundente y certera, en donde los pájaros empezaron a morir de susto por la intensidad de los rayos y los truenos, en donde los guamos, los marañones, los zapotes, las badeas y las palmas de chontaduro se vinieron a pique destrozando la aromática variedad de los plantíos de la azotea sembrada en la *paliadera* del rancho, en donde los yarumos se rindieron al ahorcamiento irreparable de la sogá del agua, en donde el arroz aterido desapareció en las fauces de la creciente, Trismila Ocoró recogió con sus ojos llorosos y con su cuerpo sufriente el último dato que la conectó a la existencia y simultáneamente le dio paso a la muerte: un bebecito rollizo, perfectamente negro, que en su cara traía grabada la marca indeleble de la estirpe Carabalí, no alcanzó a terminar su tránsito desde sus entrañas hasta la blancura humedecida de la sabana de su cama, cuando la tempestad inatajable del Atrato compungido anunció el final de los tiempos para aquella madre agonizante y aquel hijo no nacido. En el reloj desgastado y viejo de un hotel, a cientos de kilómetros de agua, aire, tierra, fuego, metal y madera del rancho de Trismila Ocoró, en donde Martín Carabalí Carabalí había entregado, cincuenta y cinco minutos antes, su memoria al olvido definitivo, eran exactamente las doce de la noche. Sobre el piélagó de la ciénaga trasera a la casa de Trismila Ocoró, los rayos refulgentes dejaban ver los goterones furiosos, como lágrimas negras, de aquel aguacero descomunal

que desbordó durante veinte días seguidos el cenaguerío colosal del Atrato descomunal que una vez más había asistido al parto de la vida y al nacimiento de la muerte.

El olvido de Martín Carabalí.

Martín no recordará ya nunca la vez que intentó regresar al río Naya que lo vio nacer y cuando iba en pleno viaje se dio cuenta que se le había olvidado cómo se regresaba a su perdida aldea desde esta otra aldea perdida del río Munguidó y cuando quiso devolverse a su Altagracia de tantos años, dispuesto a olvidarse para siempre de su Yurumanguí de los primeros años de vida, se le había olvidado también el camino del regreso al punto de partida desde el que había emprendido su regreso al pasado.

Martín Carabalí Carabalí, conscientemente orgulloso de su doble ancestro africano, nació en una noche tormentosa de río minero, de esas en las que el cielo se descuaja y hace parir el metal en cada recodo del agua revuelta por el barro de los mazamorreros que han meneado sus bateas desde la lejana y primera colonia, por allá en el siglo XVI, y que a esas horas altas de la negra noche de selva descansan sus doradas ilusiones sobre los petates de palma en los que sueñan con sábados de mercado y aguardiente, balanzas y castellanos de oro, canoas alegres y motores fuera de borda que parten pasadores por minuto.

Cuando la partera lo alzó en vilo sobre la luz de la vela, comprobando su predicción sobre el sexo de la criatura, Martín gritó una despedida al sacudido vientre de su madre, vientre bendito y paridor de trece hijos anteriores, y un saludo a la profunda oscuridad del monte y de la choza, en cuyo frente, debajo de una cruz de *pichindé*,

yacía desde hacía seis meses la osamenta de su padre, un negro aventurero que se iba cada año de la casa a rebuscarse la vida en los andurriales del pacífico litoral y que sólo regresaba a dejar los pesos que le habían quedado de la andanza, a conocer a su nuevo hijo, a pasar la Navidad en la casa y a preñar con su simiente antológicamente certera el vientre de su mujer, cuyo fruto regresaría a conocer en la próxima navidad, sin falta, excepción hecha de esa noche de aguacero eterno en la que sólo fue testigo de ultratumba, pues seis meses antes había llegado enfermo, había tocado la negra barriga incipiente de su enjuta mujer con una delicadeza de pretendiente, y había caído a sus pies murmurando oraciones antiguas, botando una babaza viscosa por la boca, deshecho en sudores fríos y anticipándose a anunciar que su último hijo debería llamarse Martín, como el santo mulato de Porres, el de la escoba y el ratoncito, que tantos milagros le había hecho en la vida, a ver si así se evitaba que el último vástago de su pródiga descendencia le heredara lo andariego, tal como lo había soñado esa noche cuando se despertó enfermo al pie de su rancho en una mina del Chocó.

La recién parida sonrió satisfecha cuando la partera le puso al niño sobre el pecho para que mamara por primera vez de esas tetas prodigiosas y firmes de negra joven. Lo llamó Martín.

- Carabalí, Carabalí, dos veces Carabalí -le musitó en el oído al recién nacido, quien disfrutaba ansioso el pecho reconfortante que lo había sustraído del llanto convirtiéndoselo en un ronroneo como de animal de monte.

- Récemelo, comadre, pa' que no se me vaya -le pidió a la partera, vieja sabia de mil calamidades, que con sus oraciones acomodaba a los niños en los vientres, los salvaba de los malos partos, les predecía el sexo y aminoraba en las mujeres el dolor del alumbramiento, siempre y cuando éste ocurriera de noche, preferiblemente en noches de aguacero.

La partera gesticuló con la boca torcida hacia la izquierda, palmoteó a la madre en el hombro derecho, se acomodó en la banqueta al pie de la cama y con su voz de resignada de la vida, de bichera vieja, de minera antigua y desolada, le dijo:

- Comadre, a este muchacho no le tuerce el rumbo nadie. Ese grito que pegó cuando se lo saqué a usted de la barriga era su anuncio de su suerte de él. Esas son cosas divinas y a esas no les hacen mis oraciones humanas. Estése tranquila y duérmase. Cuando despierte, mírele los ojos al pelao y se dará cuenta de lo que le estoy diciendo. Hasta mañana, comadre. Yo vengo tempranito y ombligamos al muchacho, pa' que si se va, como creo que será, por lo menos no le vaya mal ni en el viaje ni en la vida.

Martín Carabalí Carabalí despertó temblando del susto. No lo podía creer, pero así era: acababa de soñar con el día de su nacimiento, y más aún, acababa de soñar también con la muerte de su padre. El siempre había oído, tanto en el Naya como en el Munguidó, los dos ríos por los que había corrido su vida, que uno sí se graba en la memoria el día de su nacimiento, pero que después -

cuando uno crece, el día en el que pierde la inocencia- se le olvida para siempre aún sin haberlo recordado nunca. Por eso le parecía extraño y le daba miedo haber soñado con tanta precisión la noche del último alumbramiento de su madre.

Lo de su padre, pensaba, seguramente se lo habían contado cuando estaba niño, en cualquiera de tantos pueblos mineros en los que todos sabían lo de todos y nadie se guardaba lo de nadie porque todo era de todos y todos tenían derecho a saberlo. Por eso no le parecía tan raro como lo de haber soñado el momento en el que su madre lo parió, pues su madre siempre había jurado que ni ella ni la vieja partera le contarían nunca nada a nadie, que sólo lo harían si cuando se estuvieran muriendo Martín estaba al pie de la cama o por lo menos en la casa.

En el lúgubre, sórdido, sucio y maloliente cuarto de ese hotel de la esquina hasta la que lo llevó su ambulación de poco conocedor de ese pueblo de paisas en el que se bajó del bus dispuesto a devolverse, el día en el que decidió desistir de su viaje de regreso al río Naya y regresar a su Munguidó de tantos años, Martín Carabalí Carabalí, doblemente orgulloso de su ancestro africano, negro chombo y andariego al que una mujer chocoana y hermosa le paró las andanzas y se lo llevó a vivir a su Altagracia natal, aún sabiendo que él quería regresar a Yurumanguí algún día, entendió perfectamente las insistencias diarias de su madre para que nunca se fuera de su lado y comprendió para siempre las palabras que le dijo aquel día lejano cuando él le anunció que se iba a recorrer mundo, cuando ella le advirtió que si se iba no regresaría jamás, que se le confundirían los caminos en la

cabeza y que su viaje de regreso, si lo emprendía, no sería ningún viaje de regreso, pues no podría regresar al lugar del que ahora se estaba yendo, ni podría regresar al lugar del que había partido para regresar a su lado.

Martín se santiguó. Quiso llamar a alguien para pedirle ayuda, pero sólo le salió un grito como el de la noche en la que vino a este mundo, el cual escuchó su madre allá en el río Naya y escuchó su mujer en el Munguidó, mientras le prendían una vela a las ánimas benditas del purgatorio para pedirles protección para el hijo y el marido ausente, que en un minuto fugaz como el oro - después de gritar- sudó lo que le quedaba de vida y empapó la sábana curtida en la que lo encontraron envuelto y muerto al otro día los dueños del hotel.